

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

SELECCIÓN DE MARSHIARI MEDINA

# TODOS SOMOS TERESA

Teresa Magazine



TERESA  
MAGAZINE



# TODOS SOMOS TERESA

Convocatoria: Teresa Magazine

Selección: Marshiari Medina

Corrección editorial: Marshiari Medina / Alexander Ganem

Diseño de maqueta de la colección: ©actó

Maquetación: Beatriz Paz Jiménez

Ilustración: Beatriz Paz Jiménez

Primera Edición Electrónica, Septiembre 2020

Coedición: Teresa Magazine y [©actó](#)

*Todos los derechos reservados.*

Los textos e imágenes contenidos en este libro electrónico son propiedad de sus autores, quienes han autorizado debidamente su inclusión en esta antología.

Queda prohibido copiar, reproducir, distribuir, publicar, transmitir, difundir, o en cualquier modo explotar cualquier parte de esta publicación.

Teresa Magazine y sus autores son titulares de esta obra, la cual se distribuye de forma gratuita a través de la página

[www.teresamagazine.com](http://www.teresamagazine.com)

**EDITADO EN MÉXICO, 2020**

---

---

[www.teresamagazine.com](http://www.teresamagazine.com)

ANTOLOGÍA DE CUENTOS

SELECCIÓN DE **MARSHIARI MEDINA**

TODOS  
SOMOS  
TERESA

DISEÑO EDITORIAL E ILUSTRACIÓN  
**BEATRIZ PAZ JIMÉNEZ**



## **TERESA MAGAZINE**

Es es una revista digital de orientación posliberal-anarco-comunista, obviamente posideológica en clave no-fukuyamiana, meta-meta-textual sin ser posmoderna y ornamentada en clave de ethos barroco, para evitar toda reducción al absurdo (sin ofender a los presentes). Es desde este locus de aquí y acullá, que este proyecto busca construir una mirada reflexiva en torno a la experiencia cotidiana atravesada por la weltanschauung literaria. No es pues eclecticismo, sino resistencia con miras a un retorno de lo crítico dialógico.

### **Marshiari Medina** **Fundadora y Directora**

Aficionada del chocolate, cree que es una de las hermanas Brontë, perdida en una geometría cósmica hecha de diversos mundos posibles, gobernados por lógicas pop surrealitas no-euclidianas. Estudió Letras Inglesas en la UNAM y ESL en Fairfield-Suinsun (California). Es escritora y traductora.

### **Alexander Ganem** **Editor en jefe**

Es Licenciado en Estudios Latinoamericanos por la UNAM. Tiene una especialidad de Historia del Pensamiento Económico y es Maestro en Filosofía de la Ciencia, también por la UNAM. Asiduo defensor del vitalismo sideral extraterrestre y su ontología abduciente, de la cual dice haber sido protagonista y militante, ahora con miras a la 5a Internacional pos-posadista. Es escritor, ufólogo de medio tiempo y profesor en la Yeshivá Keter Torah, México.

### **Beatriz Paz Jiménez** **Diseñadora editorial e ilustradora**

Utiliza la comunicación social como su eje de práctica en el amplio rango entre el arte y el activismo. Como artista, trabaja en los medios del collage, el performance para promover el compromiso social por los derechos indígenas, la soberanía alimentaria y la abolición de las cárceles. Editorialmente se especializa en el libro de artista y los zines.

# ÍNDICE

<b>PRÓLOGO</b>	<b>8</b>
----------------	----------

## TERESA JUEGA EN UNA CAJITA DE CERILLOS

• <b>OUIJA BOARD</b>	<b>10</b>
Jorge Isaacs Quispe-Correa Angulo / Perú	
• <b>UNA BUENA NIÑA</b>	<b>14</b>
Eduardo Ómar Honey Escandón / México	
• <b>VESTIDO AMARILLO</b>	<b>17</b>
Mónica Castro Lara / México	

## TERESA FLORECE EN LA NOCHE OSCURA

• <b>NUEVE MESES</b>	<b>20</b>
Mei Cabrera / Argentina	
• <b>Y EL VIENTRE GRITÓ</b>	<b>23</b>
Yotzi Venegas / México	
• <b>LAS GRIETAS DE LAS ARRIERAS</b>	<b>26</b>
Liana Pacheco / México	

- **EL RÍO LA DEVOLVIÓ** 30  
Raquel Hoyos Guzmán / México

## TERESA ES LAS IDAS Y VENIDAS

- **LAS PLUMAS DE RAMÓN PALOMARES** 34  
Macaria Mecott "La Sombra Cornuda" / México

- **DECISIÓN EN VO** 37  
Marisol Rodríguez Montalvo / México

- **EL PASADO QUE NOS PERSIGUE** 40  
César Joao Urviola Ipanaqué / Perú

- **SAHARA: DESIERTO Y SOLEDAD** 44  
Jorge Torrealta / México

- **QUE ME REGALEN UN GATO** 47  
Araceli Proulx-Sollano / Estados Unidos

## TERESA TIENE ARRUGAS EN LAS MANOS

- **BRUJA** 51  
Israel Nicasio / México

- **TERESA TODO LO VE** 55  
Marshiari Medina / México

• **EL PERRO DIENTES DE SERRUCHO** 59  
Daniel Gutiérrez Ventocilla / Perú

• **LA CARTA QUE REGRESA** 62  
Paula E. Malagrabá / Argentina

## TERESA ES UN GARABATO EN UN CUADRO DE SEIS DIMENSIONES

• **TERESA FUGAZ** 66  
Rosmeri Ramírez / Guatemala

• **EVAPORAR (SE)** 70  
Enrique Moreno / México

• **MANIOBRAS DE ESCAPISMO** 73  
Valeria Flores Martínez / México

• **NOMINOMAQUIA** 76  
Alberto Marín / México


• **SÍNDROME DE CELENTÉREO** 78  
Arisandy Rubio García / México

## PRÓLOGO

ESTE LIBRO ES PRODUCTO de las intervenciones narrativas con que autores procedentes de diversas geografías, tanto terrestres como literarias, respondieron a la reciente convocatoria Todos somos Teresa 2020. Sin su participación entusiasta -sumada a la de una comunidad de jóvenes escritores que alimenta con sus textos el espacio de *Teresa Magazine*-, esto no hubiera sido posible. Los relatos aquí reunidos, son el producto de la ardua selección (entre más de ciento noventa textos) que hubo de llevarse a cabo para dar forma a este volumen. Tonos diversos, musicalidades narrativas, temáticas y sinestesias complejas caracterizan el recorrido que hemos proyectado para ustedes, queridos lectores. Con la condición única de que el personaje central en cada narración se llamase Teresa, convocamos el ejercicio creativo que habita en cada cuento. Y, en verdad, una multifacética Teresa, viva vida desbocada, tan sólo a veces agónica, se ha encarnado grácilmente en verbo y ficción.

¿Y quién es Teresa? Teresa es una forma de pervivencia que se sitúa más allá de la vieja tentación de los sujetos sin cuerpo en una narración sin alma. Su sentido es trascender el inmanentismo de la angustia que recurre a la marioneta y al artificio efectista de los retablos narrativos, y por cuanto es verbo, volver a recorrer la poiesis que la torna carne. Teresa es experiencia sin máscara, recoge el mundo y traza un mapa sensible sobre distintos horizontes de visibilidad; unos se cierran, otros se abren, pero todos muestran sus fauces escriturarias, sea como retrato de acontecimientos, crónica de milagros y alucinaciones, como retruécanos trágicómicos o en la forma de ironías que convocan los dulces fines de un mundo constitutivamente distópico,





en el que el amor es un sueño degollado en historias de destinos contruidos. En última instancia, Teresa somos todos.

Tal manifestación de afortunadas confluencias, se perfila a lo largo de los veintiún relatos que conforman esta antología, todos ellos articulándose en torno a la emergencia de una fenomenología de los tormentos de la materia, personificados en una Teresa que es siempre mundos posibles.

Como apreciará el lector a lo largo de las cuatro secciones que conforman este pequeño volumen, Teresa se asoma a distintos momentos de peligro y de constitución de su propio ser, movedido y dinámico por definición.

Reiteramos nuestro agradecimiento a los autores por el aliento de vida que han dado a Teresa. Queda ante ti, estimado lector, este registro; casi un palimpsesto hecho de superposiciones dinámicas que emergen y se ocultan intermitentemente, en una confluencia dialógica de tiempos y modalidades de existencia ficcional, cuyo nombre ineludible es siempre Teresa.

Alexander Ganem

Editor en jefe de Teresa Magazine



# TERESA JUEGA EN UNA CAJITA DE CERILLOS

## ÍNDICE DE LA SECCIÓN

- **OUIJA BOARD** 12  
Jorge Isaacs Quispe-Correa Angulo / Perú
- **UNA BUENA NIÑA** 14  
Eduardo Ómar Honey Escandón / México
- **VESTIDO AMARILLO** 17  
Mónica Castro Lara / México

# OUIJA BOARD

Jorge Isaacs Quispe-Correa Angulo

Perú

ABURRIDOS DE LOS CLÁSICOS JUEGOS DE MESA, a Teresa no se le ocurrió mejor idea que proponer a sus hermanos menores jugar a la ouija. No había nada ni nadie que se los impidiera: papá y mamá regresarían en dos semanas de su segunda luna de miel y, además, ella sabía dónde ocultaba mamá la llave del armario donde guardaba el tablero. Gisela, de diez años, se negó a jugar pues había escuchado historias terribles por parte de sus amigas del colegio. Teresa empezó a tildarla de cobarde y Gisela, para detener las burlas que ya sus hermanos repetían, propuso como condición para participar que invocaran a la abuela Elena. Teresa le dijo que no, argumentando que su fantasma podría ser más antipático que ella en vida. Gisela sonrió, aceptando lo dicho por su hermana y en espera de una mejor propuesta. Elton, de ocho años, sugirió que invocaran a "Popy", su mascota fallecida tres años atrás, pues extrañaba sus ladridos y el calor que le proporcionaba su cuerpo perruno durante las frías noches de invierno. Todos se burlaron de él.

Pasaron cinco minutos y ya Teresa estaba con el tablero armado en el piso. Les pidió a sus hermanos colocarse alrededor del objeto y les dijo que ella, como hermana mayor, decidiría a quien invocar. Ninguno de sus cuatro hermanos la contrarió. Apagaron las luces y prendieron una vela y, luego de un minuto de mutismo sepulcral, Teresa comenzó a invocar al espíritu de John Lennon. Gianina, de once años, comenzó a mostrar una risita sonsa. Teresa alzó la vista y con voz enérgica les pidió a todos tomarse de las manos y guardar silencio. El aspecto fantasmagórico de los rostros de sus hermanos le

hizo sentir un airecito en la nuca que provocó que Teresa comenzara a llamar a su espíritu del más allá primero como "John", luego como "John Lennon" y, finalmente, con una voz terrorífica que sus hermanos jamás le habían escuchado, dijo: "Si el espíritu de John Lennon está presente, que se manifieste".

La copa de cristal se movió bruscamente un centímetro sobre el tablero y, acto seguido y de manera simultánea, los libros del estante cayeron al piso pesadamente. La vela se apagó como si alguien hubiera soplado sobre ella. Todos corrieron despavoridos fuera de la habitación. Sin embargo, fue hasta diez minutos después que pudieron salir de la casa, cuando llegó la policía alertada por los vecinos, que habían escuchado a los niños gritar y llorar. Los pequeños lucían pálidos y Teresa, preocupada, consolaba al menor de sus hermanos, James, de apenas seis años.

...

Teresa y sus hermanos llevan ya dos días en casa de su tía Olga, alojados con ella hasta que sus padres vuelvan de viaje. No tienen ganas de regresar a casa, pues han oído rumores de que los vecinos andan molestos por el bullicio rocanrolero que se escucha todas las noches allí y por la presencia en el barrio de una japonesa vestida de blanco y grandes lentes oscuros que pregunta por el espíritu de su amado John.



# UNA BUENA NIÑA

Eduardo Ómar Honey Escandón

México

¡HOLA! ¿CÓMO ESTÁ? Me llamo Teresa y tengo diez años. Sé que no me lo preguntaste pero todos los adultos lo hacen. Yo ya los conozco muy bien. Siempre dicen lo mismo: "¡Ay, que linda niña!, ¿cómo te llamas?, ¿cuántos años tienes?". "¡Que bonitos ojos! ¡Estás muy hermosa con ese vestido!". Pero no me gusta que me digan: "¡Te pareces a tu papá!", porque luego te salen con "¡ay perdón, quise decir tu mamá!". Piensan que soy una boba y por eso les doy una patada. Entonces mamá me grita, me dice que me controle, que las niñas bonitas y lindas no deben portarse así. Me regaña mucho, pero es muy trabajadora. Todo el día arregla la casa y prepara la comida. Siempre me dice que las niñitas deben ayudar a su mami para que papi llegue a una casa limpia y lista. Pero eso era antes, ahora está muy rara, desde que nació mi hermanita. Ya no me hace caso y me grita a cada rato. Un día lo hizo bien fuerte cuando le presté a mi hermana uno de los cuchillos para las cebollas. No entiendo por qué estaba tan enojada si siempre dice que la imitemos a ella y a papá. Que así todos seremos muy felices. ¡No es cierto! Si hago con mis amigos del colegio lo mismo que ella le hace a papá por las noches, las monjas de la escuela también me gritan y me encierran aparte. Como castigo tengo que hacer planas y planas. Siempre es la misma frase, muchas pero muchas veces: "las niñas buenas no hacen cosas sucias". No entiendo el castigo, nunca me meto al lodo y todos los días me baño. ¡No

se vaya! El otro día mi papá trajo una película que tenía un muñeco en la portada. Era uno con pelo rojo-rojo y uniforme azul. Tenía un cuchillo igualito al que le di a mi hermana. Pensé que era mi regalo, pero papá dijo que era película-de-adultos. Me mandaron a ver a la abuela mientras cenaban. Le estaba diciendo a la abue de la película y que empieza a toser bien fuerte. Corrí a la cocina para sacar su jarabe de la tos. Mamá lo guarda en un enorme armario que huele feo. Creo que era de la abue. Siempre deja el jarabe arriba de los detergentes y los líquidos que usa para limpiar la casa. Está a un ladito de la comida. No hay pierde. Me gusta cuidar a la abue y claro que entro al armario. El jarabe limpia su garganta para que se cure, ¿o no? Así que le di una cucharada, pero la abue seguía tose y tose. Mis papás vinieron a verla y que se la llevan al hospital. Me dijeron que cuidara a mi hermanita y que nada de cuchillos. ¿Ya le dije que se llama Nancy? Mis papás le pusieron un feo nombre: María, como las de la tele. ¡Puaj! Por eso mejor le digo Nancy cuando estamos solas, ¿verdad que es más lindo? Le gusta mucho jugar conmigo. Fui a cuidarla como me pidieron pero dormía. Tenía hambre y me comí la cena que hicieron. Luego me metí al cuarto de la tele y vi que habían parado la película que no me querían regalar. Mamá siempre se queja de que no ven las películas completas y papá le contesta feo que ella las vea si él no puede. Para que papá no se enojara con mamá me puse a verla. ¡El muñeco preparaba algo en la cocina! Se veía muy chistoso con las caras que hacía. Como ya no quedaba cena hice una sopa como la del muñeco. Saqué las cosas de abajo y de arriba del armario. También tomé cosas del refri. Mezclé como lo hace mamá y puse lo

que el muñeco decía en la tele. Prendí la estufa y dejé que se cociera. Al rato todos llegaron a casa. Mami me dijo que lo de la abue fue sólo un susto y que podíamos estar tranquilos. Cuando mamá vio lo que cociné se puso feliz, ¡me pidió que pusiera la mesa! Todos nos sentamos y les dije lo bien portada que estuve y que éramos una bella familia. Se sirvieron la sopa. Les gustó tanto que mis papás se sirvieron otro plato, pero la abue ya no quiso. Mamá preguntó por qué no comía lo que preparé y tuve que decirle que me comí su cena. No se enojó y dijo que me entendía. Cuando terminaron, papá me abrazó y también me felicitó. Luego nos mandó a la cama. Desperté tempranito porque Nancy estaba llora y llora. Como pensé que tenía hambre le di lo que sobró de la sopa. Se calló y se quedó dormidita. ¿Verdad que me porté bien? ¿Qué por qué estoy aquí? Estoy aburrida y tengo mucha hambre. ¿No tiene un dulce o algo? No hay comida en casa. Mis papás no han llenado ni el armario ni el refri. Siguen dormidos desde la semana pasada y no se despiertan.





# VESTIDO AMARILLO

Mónica Castro Lara

México

APRIETO LOS BILLETES CON FUERZA, con ese miedo que da cuando se te pueden zafar las cosas valiosas y perderlas para siempre por una simple imprudencia. Trato de caminar lo más rápido que puedo, pero me detiene el escandaloso claxon del coche que casi me atropella. Con un gesto le pido disculpas al conductor, logro cruzar la calle y me detengo. "Necesitas calmarte y respirar hondo". Tras una pausa necesaria, regreso a mi caminar ahora de manera más pausada. ¡Qué linda se verá mi Teresita! Por fin podré comprarle el vestido que tantas y tantas veces me pidió. Ochocientos pesos... para algunos nada; para mí, todo. De estos mil pesos que tengo en la mano, al menos sobrarán doscientos para comprar unas flores. No quiero imaginar cómo se vería todo sin flores.

Pasan las calles y se me van limpiando las lágrimas del rostro. Pienso en lo que le diré a mi mamá cuando me pregunte de dónde saqué el dinero para el vestido y comienzo a ponerme muy nerviosa de nuevo. "Me los prestó Alina, la fui a buscar al trabajo y me dijo que luego se los pague". Pero no, no me va a creer, tiene cinco meses que no la veo, los mismos cinco de cuando me corrieron. Bueno, si me cree o no, es lo de menos; lo importante es que no se entere de la verdad. De golpe, recuerdo esas manos gordas y peludas acariciándome los pechos y me dan ganas de vomitar del asco. "No te acuerdes, ya... olvídalo". Pero, ¿cómo olvidar su asqueroso aliento a cerveza, la insistencia de quedarse con mis calzones, la cama sucia y destendida y sus bigotes rozándome todo el cuerpo? "Ya tienes el dinero y es lo único que importa". Por fin llego a la tienda y ahí está:

el vestido de encaje amarillo de mi Teresita, detrás de un vidrio elegante y muy limpio. Me imagino su carita viéndolo, sus manitas tocándolo y se me pone toda la piel chinita. Encaje en el cuello, en las mangas, en la parte de arriba, en la falda y al final de ésta, unas borlitas bien coquetas. Un amarillo precioso. Entro muy decidida a la tienda, escojo su talla, lo pido envuelto para regalo y cuando le platico la situación a la señorita que me despachó, decide regalarme la coronita de flores que estaba también en el maniquí, un gesto que hace que de inmediato regrese el llanto a mi rostro.

De camino a casa compro las flores: un arreglo mediano de gerberas y rosas blancas; costó justo los doscientos pesos que sobraron, con todo y la tira negra de letras con brillantina. Ya en casa todo cambia; todos están de negro y murmurando quién sabe cuántas cosas. Mi mamá me ayuda a poner las flores en el piso y me las chulea. "Espera a que veas qué le traje a Teresita". Le pido a mis primas que salgan de la habitación y todas me abrazan al salir. De repente me emociono. "Mira qué te traje mi hijita, te va a encantar". El cuerpo inerte de Teresita no me responde y caigo en la cuenta de que ya nunca lo hará, pero me imagino sus ojitos de asombro, las carcajadas y los brincos que daría al ver su tan esperado vestido amarillo de encaje. Comienzo a desvestirla con cuidado. Cuatro añitos y una neumonía mal tratada. "Te ves muy bonita mi Teresita". Ya tiene puesto su vestido y se ve más linda de lo que pude imaginar. Teresita está fría y muy seria. "Algo te hace falta". ¡Ah, sí! su coronita de flores.



# TERESA FLORECE EN LA NOCHE OSCURA

## ÍNDICE DE LA SECCIÓN

- **NUEVE MESES** 20  
Mei Cabrera / Argentina
- **Y EL VIENTRE GRITÓ** 21  
Yotzi Venegas / México
- **LAS GRIETAS DE LAS ARRIERAS** 26  
Liana Pacheco / México
- **EL RÍO LA DEVOLVIÓ** 30  
Raquel Hoyos Guzmán / México

# NUEVE MESES

Mei Cabrera

Argentina

NO ERA LA PRIMERA VEZ que Teresa sentía el dedo señalador. Por eso se fue de su casa en Ituzaingó, Misiones. No lo soportó más. Un dedo que señala es cómo una lanza que te atraviesa el pecho. Seguí viva, pero como atragantada. Y ser mujer es como un montón de dedos-lanza clavándote. Vas a comprar y ahí está el empleado mirándote, cruzás frente a la gente del pueblo y te hurgan con los ojos, comentan entre ellos, se ríen como pequeñas ratas, hacen ruiditos. Se imaginaba lo que dirían, *se le regala a todos, es una puta, chupapijas*, cosas así. Pero eso no era nada. Antes, ella pensaba que no le podían decir cosas peores. Después de lo que pasó, siempre había alguno que le decía que podía haber evitado todo. Y sí, lo podría haber evitado si no fuera ella, si fuera la mujer perfecta, inmaculada, muerta y seca por dentro como sus hermanas o su madre. Siempre se quedaba prendida de tipos de mierda. Y sí, cuando repasa todo mentalmente, piensa que podría haberlo evitado.

Roberto no era malo. Era un bobo que la seguía cuando estaban en la escuela. Era canchero, lindo. Las chicas lo seguían y la odiaban porque él siempre andaba tras ella. La siguió, insistió e insistió. Es que era muy lindo y ella quería complacerlo. Se entregó, torpe como una primeriza. Sin juegos previos ni misterio, sólo miedo. Y él fue tan torpe como un novato, y le prometió que acabaría afuera pero no lo hizo. Y no le pareció extraño que, cuando fue a contarle, reaccionara como si ella estuviera hablando del clima o de lo que habían visto en la clase de matemáticas.

Marcelo era otro caso. De él se enamoró. Fue el *primer amor*, como dicen las abuelas. Fue el primero por el que lloró, por el que se dejó celar. Él le marcaba el territorio; como un perro guardián iba olisqueando a quien se acercara a ella. ¡Y ella? Loca, ciega y loca. Marcelo era un terrible mentiroso, tenía un chamuyo bárbaro. Cuando la envolvía con sus historias hacía que todo fuera digno de conocerse, le encantaba agrandar las cosas. Si ganaba plata hacía montones de planes para comprar y hacer cosas. Si tenía un dolor, quizás había contraído un cáncer. Más temprano que tarde Teresa fue descubriendo sus artes. Era un manipulador nato. Le costaba pensar que una mujer no hubiera caído presa de sus encantos. El hipócrita también desapareció cuando quedó embarazada, ni plata le dejó. Ella no iba a cargar con un chico sin padre.

El último, Pedro, fue hace tres años. Ahora ya se le había pasado la bronca que le agarraba cuando se acordaba, pero costó. Su amiga le había advertido. Ella siempre tan enamoradiza, tan tonta, sin moderación ante las caricias, como una perra lastimada. ¿Por qué justo él? Él, que tenía una familia, una mujer y dos hijos que lo reclamaban. El mundo entero se desplomó con indiferencia cuando no le vino, cuándo empezó con náuseas y se hinchó. No por dios,, otra vez no. Pero sí. Sí, sí y sí. *Laputamadre*, dijo él cuándo se enteró. Ella tuvo el sueño infantil de que Pedro dejaría a esa harpía que lo aprisionaba. Podría haber querido formar con ella otra familia. Pero no, no quiso, simplemente la ignoró. ¿Y qué iban a decir todos? ¿Acaso todavía no había aprendido?

Ella se lo buscó. Parió ese niño en septiembre y también se lo llevaron. Ella quería que tuviera una vida como la merece cualquier niño: una casa, un padre,

abuelos y todo. Estudios, un futuro. Ella sólo tenía una habitación que había levantado gracias al dinero que había hecho con los dos primeros embarazos ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Trabajo no había, no hay todavía.

¿Quién puede vender un hijo? Ella no sabía qué podía hacer con esos hijos. Sus padres necesitaban una casa también, no vivían bien. De Ituzaingó la llevaron a Corrientes y ahí parió a los tres, tres varoncitos que se fueron con tres parejas sonrientes. Pagaron bien, olían bien y parecían buena gente. La culpa a veces se confunde con condena y la condena con maldad. Sentía las miradas. Sentía, porque esas miradas se sienten. *Ni los animales dejan a sus crías*, le dijeron una vez. Por eso se iba, por eso dejaba su pueblo natal. Apoyó la frente contra la ventanilla del micro, estaba frío. *Nueve meses es mucho tiempo*, pensó. Afuera la noche atrapaba el paisaje y lo lanzaba hacia la luna.



# Y EL VIENTRE GRITÓ

Yotzi Venegas

México

12 DE OCTUBRE DE 20XX

Teresa Álvarez, de 22 años, oriunda de Nueva Esperanza, soltera, ubicada en espacio y tiempo, sin signos de enfermedades físicas ni lesiones cerebrales.

Motivo de consulta: Teresa ha referido que desde hace aproximadamente tres meses un ente informe, al que ella se refiere como "Dios", la ha dejado embarazada; desde ese día ha presentado ideas delirantes y alucinaciones visuales, auditivas y olfativas. Acude a consulta después de ser inspeccionada por una médica, la cual ha dado fe de que no existe ningún medio físico posible para que Teresa haya resultado embarazada, puesto que sus zonas genitales no muestran signos de contacto sexual, además el ultrasonido no ha mostrado nada en su vientre, pero éste ha estado creciendo, abultándose, por lo que la han remitido a nuestra clínica, por posible embarazo psicossomático.

15 de diciembre de 20XX

"... lo ha hecho y no sé por qué. Bueno, bien dicen que los caminos de Dios son inescrutables, ¿no?... No podemos saber nada cuando se trata de allá arriba. Sí, ya lo he contado muchas veces, pero nadie me cree, ni yo misma me creo a veces, pero aquí está creciendo y siento cómo se hincha día con día y pateas; a veces hasta me inunda un sentimiento como de vida eterna. No sé si me entienda, no lo creo, es como lo mejor que le puede pasar a una. ¿Que cuándo fue? Hace ya tres meses, yo estaba

barriendo la entrada de mi casa cuando una luz enorme me volvió blancos los ojos, perdí toda la fuerza y caí, pero no caí, floté y entonces estuve donde no hay nada y lo hay todo, y escuché una voz que no hablaba nuestro idioma, sino que hablaba sentimientos... Me llamó, me dijo con una voz dulcísima: Omecíhuatl, María Teresa, Coatlicue, Venus, Eva, Malintzin, Mariana, Lilith, Guadalupe y una infinita lista de interminables nombres, pero todos eran yo y todos me exigían lo mismo, ser madre..."

22 de enero de 20XX

"Es muy curioso, cuando niña me daba miedo quedar embarazada sin razón, así como por accidente. No se ría usted, es un miedo muy común entre las mujeres, sólo que pocas lo cuentan. Y ahora míreme, con un vientre cada vez más grande".

25 de enero de 20XX

"... ya no lo quiero. No me deja dormir. ¿Por qué tengo que ser yo? ¿No podía ser otra? Somos millones de mujeres, por qué yo tengo que ser la esclava, la sierva, la dulce madre que no se aleja. No lo quiero, no me deja dormir, veo cosas horribles, veo muertes, veo enfermedad, veo sufrimiento, pero después me inunda una paz enorme. Así vivo entre los polos de la desesperación y la dicha. ¿Por qué yo? ¿Por qué a la fuerza? Nunca se me consultó, ¿es acaso que sólo soy un vientre? ¿Dios abusó de mí, el divino violador! El eterno. ¿Todo esto debo afrontar por su causa? Todos creen que estoy loca, pero aquí está la prueba: el vientre me crece. Sí, sí, ya sé que los ultrasonidos no ven a mi hijo, pero yo lo sé, el tiempo se acerca. ¿Qué voy a hacer?"



22 de febrero de 20XX

Teresa Álvarez ingresa a la clínica para quedar bajo estricta observación después de consumir una alta cantidad de clonazepam en un intento por "abortar a su vástago". Se continuará con las entrevistas y la terapia, acompañada de medicación psiquiátrica. El vientre sigue creciendo.

13 de marzo de 20XX

Las entrevistas se han visto ralentizadas por el efecto de la medicación, la misma ha demostrado efectividad para detener las alucinaciones de Teresa.

20 de marzo de 20XX

Teresa ha despertado con un dolor abdominal insoportable, por lo que ha sido trasladada al hospital de Nueva Esperanza, esperamos los resultados de los análisis, suponemos que es alguna especie de dolor histérico.

21 de marzo de 20XX

Teresa Álvarez de 23 años de edad, oriunda de Nueva Esperanza ha dado a luz a un varón.

≡

## LAS GRIETAS DE LAS ARRIERAS

Liana Pacheco

México

—¡TERESA! ¿QUÉ ESTÁS HACIENDO? Ya te dije que te vayas.

—Pero no tengo a dónde.

—Yo que sé. Vete antes de que el papá de ese chamaco regrese—. Mi mamá señaló a Argelio, que dormía sin saber que nuestra suerte era más oscura que el tizne del comal. — ¿Crees que yo estoy bien? Mataron a mi hijo y a mi marido.

—Ya le dije que no fue mi culpa —contesté—. No sabía lo que el Chepo hizo.

—Pues es tu culpa por casarte con un matón. Ese chamaco tiene sangre de matón. Mejor fuera que lo dejaras tirado en el cerro, que sirva aunque sea de comida a los coyotes.

Por ahí nos encaminamos, en la vereda que llevaba al pueblo, con el morral donde metí mis cosas: dos tortillas tiesas, trapos para usar de pañal, ¿ropa? La que traíamos puesta, nada más. Poco me duró la emoción de casarme con José Ponciano, o Chepo, como le decían. Hacía dos noches ya que los policías rompieron la puerta de tejamanil del jacal buscándolo. Al no encontrarlo, nos llevaron a mi chamaco y a mí. Fue en la celda que me enteré que mi marido mató a machetazos a mi papá y a mi hermano. Lo peor es que ni al entierro me dejaron ir. Mis hermanos, igual que mi madre, dijeron que yo sé dónde está el Chepo y me reprocharon por casarme con él. Hasta eso me negaron, el desahogo de llorar y despedirme de mi papá y mi hermano. Cuando llegué

a la casa de Cándida, la vi en el patio, dormida en una silla de madera que crujía con cada respiro que daba. No tuvo hijos, pero sí muchos ahijados, ella era nuestra madrina de boda.

—¡Madrina! —grité y la sacudí para despertarla.

—¿Quién chingados...? —. Me miró y se levantó. Ahí apretada entre sus brazos y su aliento a mezcal, me solté a llorar—. ¡Ay, Teresa! Sí que la tienes difícil. Sin marido, sin padre. Con una familia en tu contra y encima con un escuincle de brazos.

Adentro, extendió junto al brasero un petate. Ahí puse a dormir a Argelio.

—Pobre criatura. Mejor deberías dejarlo morir, ni un año ha cumplido y ya lleva en la sangre el estigma de la muerte.

—¿Usted también, madrina?

—Era sólo un comentario, no te encabrites, mujer.

Me ofreció una taza de atole, yo preferí una copa de mezcal. Al poco rato me agarró el sueño. Ahí vi a mi papá y a mi hermano, cuando era pequeña y los ayudaba a hornear el pan. Deseé quedarme en ese lugar donde aún estaban vivos y olvidarme de todo, hasta de mí. De repente, un susurro gritó mi nombre, era una voz como sacudida por el viento y en cuanto se acercó, me arrastró con ella a la realidad.

—¡Teresa! Ese chamaco y tú no han comido en varios días. ¿No tienes hambre?

—No, madrina. Ni hambre, ni ganas de vivir, ya ni miedo tengo de morirme.

—Teresa, dale tiempo a la vida, el corazón decide cuándo volver a ser feliz. Pero no digas eso, porque si uno ya no tiene miedo a la muerte, ni el Santísimo puede ayudarnos.

Cándida salió al patio y trajo unos ramos de malacatillo, unas flores coloradas y de tallos largos. Me dijo que fuera al río, que frotara mi cuerpo con ellas y luego las aventara al agua.

—Si no te cura el espíritu, de algo servirá. ¡Apúrale, Teresa! Antes de que caiga la noche.

Agarré a mi chamaco y me fui hacia el río. Hice lo que mi madrina me indicó y luego me senté en el suelo a ver cómo la corriente se llevaba las flores, pero no mi tristeza. Deseé que los años volvieran al día que ese mismo río me arrastró, ahí hubiera preferido morirme. Pero el llanto de mi Artemio me hizo volver el pensamiento.

De lo distraída que andaba lo puse junto a un nido de hormigas, de su piel escurrían hilos de sangre que salían de las grietas que picaron las arrieras. Eso no fue lo que me horrorizó, sino ver que su sangre no era roja, sino verde como el matorral.

—La sangre de matón —dijo mi madrina—. Ese chamaco nació con mala estrella.

—¡Ayúdeme, madrina! Usted sabe de curaciones.

—No, Teresa. No quiero problemas—. Su mirada perdió la calidez con la que me abrazó apenas unos días antes. —Te andan buscando los topiles, tu hermana Justina asegura que estás escondiendo a tu marido y que, si él no va a la cárcel, tú sí—.

Lo único que le agradezco a mi madrina es que no me delatara con los policías. Ya no me interesa lo que Cándida, mi mamá o la gente del pueblo piense. Incluso si la muerte misma anda detrás de mis pasos, no me interesa; que venga, voy a arremangar a mi chamaco en un rebozo y lo amarrearé a mi espalda, aun así podré ir más rápido que ella.

La verdad es que tengo miedo, pero creo que eso es bueno, sentir el golpeteo del alma en el pecho. A lo mejor mañana o pasado mañana ya vuelvo a tener el anhelo de vivir.



# EL RÍO LA DEVOLVIÓ

Raquel Hoyos Guzmán

México

A DOS DÍAS DE SU DESAPARICIÓN, dicen que el río la devolvió a la orilla. Estaba desnuda y con el cuerpo lleno de moretones. En la comunidad se corrió la noticia: Teresa González, la loquita, se lanzó al agua. No se dijo más ni se habló del baile que hubo por la fiesta de la santa patrona del barrio de La Soledad, al que fuimos todas las muchachas con nuestros mejores vestidos. El papá de Teresa no quiso comprarle ropa para que estrenara. Le dijo ponte el vestido que tu hermana Lucrecia usó el año pasado.

A Teresa le ilusionaba usar ese vestido con unas floresotas azules e ir bien chula a ver al santito. Te pones doble calzón porque siempre te andan metiendo mano los borrachos y tú no les dices nada, le advirtió Lucrecia cuando las muchachas del coro de la iglesia pasamos por ella a su casa. En las misas siempre la dejábamos acompañarnos y ayudar a juntar el dinero del diezmo. Al principio quería cantar con nosotras, pero sólo gritaba y hacía sonidos que nadie entendía. Entonces la convencimos de que ella era muy importante para pasarnos el agua cuando se nos reseca la garganta o acomodarnos las trenzas si se nos soltaban los listones.

Siempre era comedida y sonriente, tan sonriente que a veces daba miedo. Nosotras estábamos acostumbradas, pero los niños del barrio la imitaban y le arrojaban piedras. Los muchachos le daban nalgadas y la manoseaban cuando la encontraban sola. También los viejos puercos, como don Fermín, el tendero, la veían

con ojos morbosos cuando se quitaba la ropa para bañarse en el río. No, no hagas eso, Teresa, le decíamos las muchachas, porque los señores cochinos te miran. La tapábamos con una manta mientras se vestía, pues aunque ella actuara como niña, tenía el cuerpo bien formado de una mujer.

El último día de la fiesta de La Soledad, el día del baile, a todas nos andaba por llegar a la plaza principal para agarrar silla en lo que algún muchacho nos elegía. A Teresa nunca la invitaban, pero nosotras nos turnábamos para bailar con ella y que también se divirtiera. Esa noche, don Fermín y otros dos viejos que no conocíamos, ya bien borrachos, no le quitaron la vista de encima a Teresa, que se veía muy bonita con el vestido de su hermana. Ya entrada la noche, mientras nosotras bailábamos con los muchachos, vi desde lejos que los tres tipos se le acercaron. Yo creo que algo feo le decían al oído, porque ella hacía pucheros y se le notaba que quería llorar. Le dije a José, el muchacho con el que bailaba, que me esperara tantito. Crucé rápido entre la gente, pero al llegar a las sillas ya no la encontré. Sentadote con su botella en la mano, estaba don Fermín carcajeándose solo. No me molestes chamaca pendeja, me contestó después de preguntarle por mi amiga.

Creíamos que Teresa se había ido a su casa, asustada por las vulgaridades que le dijeron aquellos señores. Cuando llegamos a preguntar cómo estaba, su papá nos dijo que no la habían visto desde que salió con nosotras.

Muchos en el pueblo la buscamos esa noche a orillas del río. A oscuras no pudimos hacer mucho, sólo gritar su nombre sin tener respuesta. Al otro día hicimos lo mismo. Le conté al comandante lo del baile, lo de los amigos de

don Fermín que no volví a ver, y le conté también que encontramos el vestido entre unas ramas. Seguro se lo sacó antes de arrojarse al río, me dijo.

El padre de Teresa la enterró sin ninguna ceremonia, en la misma fosa que a su madre. Entre las muchachas nos cooperamos para hacerle unas misas, adornar la iglesia con las flores que más le gustaban y levantar una cruz en el lugar donde el río la devolvió.







# TERESA ES LAS IDAS Y VENIDAS

## ÍNDICE DE LA SECCIÓN

- **LAS PLUMAS DE RAMÓN PALOMARES** **34**  
Macaria Mecott "La Sombra Cornuda"/ México
- **DECISIÓN EN VO** **37**  
Marisol Rodríguez Montalvo /México
- **EL PASADO QUE NOS PERSIGUE** **40**  
César Joao Urviola Ipanaqué/ Perú
- **SAHARA: DESIERTO Y SOLEDAD** **44**  
Jorge Torrealta / México
- **QUE ME REGALEN UN GATO** **47**  
Araceli Proulx-Sollano / Estados Unidos

## LAS PLUMAS DE RAMÓN PALOMARES

Macaria Mecott "La Sombra Cornuda"

México

TERESA PALOMARES SE MIRA frente al espejo. Toca su cara mientras la observa, mira su pecho, recorre con sus dedos las cicatrices de las garras de Javier Tigre. Mira esa cicatriz y ve a Javier golpeándola otra vez. Lo ve reírse de ella mientras se desangra en el piso. También recuerda a su padre gritándole mientras la llevaban al hospital, "¡Hubieras tenido la dignidad de morir ahí, como una cualquiera!". Sale del baño, se viste con un vestido negro muy largo, toca el vestido mientras recuerda que no usaba ropa negra desde que se casó con Juan Canario. Recuerda también los gritos que fueron a hacerle su madre y su padre en su boda. Va por unos zapatos negros de charol que guarda debajo de su cama. Mira su rostro frente al espejo nuevamente, palpa las marcas de su cara, los pequeños puntos negros de los que comienzan a nacer plumas. "Ya me las arrancaré en la noche", piensa mientras se peina y vuelve a mirar su reflejo. Y aunque trate de engañarse, ve en el espejo la cara de su padre. Ve claramente el recuerdo que tiene de su padre antes de morir.

"Hija", dijo Ramón Palomares con una voz que desaparecía en su memoria, aunque sólo hubiera pasado un día "qué bueno que llegaste". "Mi madre me chantajeó para venir", piensa. "No podía irme sin mirarte por última vez", dice, y le toca la mejilla al hombre. Teresa aún recuerda lo pesadas e incómodas que sintió las manos de su padre.

¿Por qué desde niña te arrancas las plumas? —dice Ramón—. Yo siempre he pensado que, de todos mis hijos,

tú eres la que más se parece a mí. Eres la única que heredó mis plumas grises. Tienes mi cara, Teresa. Y aun así siempre has sido mi mayor decepción. Odio que lleves a todos lados esa cara, esas plumas que son mías. Siempre te has empeñado en joderme. Cuando te drogabas, cuando me estafaste, cuando te casaste con ese Canario... ¿no tenías suficiente con todo lo que me habías hecho? Te hablé para hacerte saber que me llevaré todo el dolor que me causaste. Pero al menos tengo un consuelo. El consuelo de que morirás igual que yo: sola, podrida, y ahogada en tu propia miseria. ¡Mira bien esta amarga cara, es la misma que llevarás cuando mueras!—.

Teresa recuerda la cara de su padre y teme que su fantasma la persiga, como a veces lo hace el fantasma de Javier. La llegada de Juan interrumpe el recuerdo de Teresa. Juan había salido de viaje al hospital de Chordata para recoger los resultados de una prueba de embarazo. Teresa hubiese ido con él, pero tuvo que ir a escuchar las últimas palabras de su padre. La sonrisa de Juan le anticipa el resultado. La noticia la alegra tanto que casi olvida que no quiso asistir al funeral de su padre, aunque no pudo evitar seguir vistiendo de luto. Esa tarde, en honor a la anunciación, se hizo en la casa de los Canario una gran comida para celebrar. Teresa no recuerda en su vida una comida familiar más feliz. Su suegro hizo chistes, sus cuñadas la felicitaban y agradecían que sus sobrinos ya tendrían con quién jugar. Teresa estaba tan alegre que no parecía vestir de negro. La comida se convirtió en cena y terminó ya entrada la noche.

Teresa está en la habitación con Juan y sonríe. En el baño, el agua de la tina se calienta. El vapor comienza a invadir la habitación mientras Teresa se desviste. Teresa abraza a Juan. Aunque nunca lo confesaron ellos

siempre prefirieron abrazarse a besarse. Pensaban que un abrazo era un beso que se daba con todo el cuerpo. Teresa deja dormir a Juan mientras va al baño con un espejo de mano. El agua de la tina hierve mientras Teresa entra en ella y palpa las pequeñas plumas que nacen de su cara. Comienza a desplumarse. Se arranca las plumas con furia.

—¿Son tus plumas verdad? Pues tómalas, yo nunca las he querido. ¡Toma todas tus plumas!.

Y las plumas caen en la tina, junto con la sangre y las lágrimas de Teresa.



# DECISIÓN EN VO'

Marisol Rodríguez Montalvo  
México

NACÍ EN UN PUEBLO ALEJADO al sur de Chiapas, entre el ruido que el viento producía al mecer las hojas de los manzanos y el arrullo de la vo' (lluvia) que caía suavemente. Con la vista del río cálido que albergaba piedras redondas y planas, esas que algún día yo podría coger para luego lanzarlas de regreso a su lecho.

Nací siendo mujer y crecería según decían mis padres para hacerme plena, comprometida con mi rol de poder criar a unos hijos fuertes y sanos, dedicarme por entero a mi compañero de vida y ver pasar los días en el silencio profundo que prevalecía en el rancho.

Crecí forjada en las costumbres propias de mi gente, me aprendí una a una las muchas maneras de entonar el idioma de mis ancestros: el tzotzil. Respetaba todos los rituales que se practicaban y llevaba a cabo las tradiciones que desde niña me inculcaron, porque todo ello era sagrado, cosa que siempre sentí así.

Vestía con orgullo y admiración mi tzequil, larga y ceñida a mi cintura atándole a ella un cinto que me cubriera del frío para que en un futuro pudiese contemplar el milagro de la vida. Mi chilil de manta con bordados rosas resaltaba sobre mi piel morena; mi cabello bien trenzado me permitía, según decían mis mayores, encontrar serenidad entre tantas preocupaciones de la vida; mis pies, aunque los hubiera preferido descalzos, llevaban atados unos huaraches tejidos con colores vistosos también.

-K'elavil tsem chabal alak'aba ni junuk kerem s'kanot ("Mira hija, así fea y desarreglada pues ningún

chamaco te va a querer”).

-Pech'o la jolé Teresa, meltsanaba xi lijme'e ("Arréglate Teresa, tréznate más fuerte la greña, ponte bonita hija", decía mamá).

Yo la obedecía en todo, pero había realidades propias de mi gente que no quería vivir tan pronto, y a mis quince años me asustaba saber que cada vez parecían más cercanas. Me negaba a aceptar eso que estaba destinada a cumplir.

Mi casa, como cada una de las que hay en el pueblo, tenía su temazcal. Ahí iba para bañar mi cuerpo, desenredar mis cabellos y purificar mi piel, también para hablarme en total quietud y llorar para mis adentros. Me resistía a tener que seguir el patrón impuesto por mis antepasados, quería romper la cadena de tener que casarme a edad temprana y con el varón que eligiesen para mí. Por cada balde de agua que corría por mi piel, huía de la idea de que algún día vendría un hombre a la casa, él y su familia traerían un canasto lleno de pan y cajas de frutas repletas de peras, manzanas, ciruelas y muchos plátanos; también habría bebida para emborracharse y si a mis padres les agradaba la ofrenda, la aceptarían, luego otorgarían su voluntad para dar mi mano a aquel hombre y, sin más, fijarían la fecha para casarme. Después de ello el hombre vendría por segunda ocasión y entonces podría llevarme para formar una familia; así, sin más requisitos. Lo había visto con mis hermanas, pero no, no era eso lo que soñaba para mí.

Me angustiaba tanto ese futuro tan desalentador del que no quería ser parte. Cuánta desdicha, porque aunque nací siendo mujer y amaba serlo, por mucho que quisiera ser fiel a mis tradiciones, mis sueños eran otros. No quería faltar a mis padres, los amaba, pero también

deseaba ser escuchada, que me diesen la oportunidad de salir, de irme lejos para alcanzar lo que mi corazón me pedía a gritos: estudiar, prepararme, darle una mejor vida a mis padres, tener otras oportunidades. Nací pobre, pero no falta de ilusiones. Tenía unas alas enormes que anhelaban despegar, quería sentir el viento fluyendo a mi favor y volar, crecer, madurar hasta que fuese capaz de decidir amar a quien yo eligiera, pero amar desde mi yo indígena, desde la raíz, de verdad, de corazón.

Sé que puede sonar imposible que en pleno siglo XXI esto siga pasando. Pero esta es mi realidad y la de tantas mujeres que nacimos bajo ese cielo tapizado de estrellas, sobre ese suelo fértil y abundante, el mismo que nos privaba de realizarnos más allá de la condición de procrear tantos hijos como Dios nos quisiera mandar.

Un día por la tarde, cansada de todos esos pensamientos que se hacían cada vez más fuertes, pero que mataba por temor a la negación de mis progenitores, me armé de valor, fui a donde mis padres estaban y dije sin temor.

—He decidido seguir a mi Ko'onton (corazón) —a lo que siguieron más palabras. Después se hizo un silencio intenso, ese que aún prevalece en mis recuerdos y me hace retornar a mi pueblo en todo momento. Salí de mi tierra, pero lo cierto es que nunca me ha dejado ir del todo.



## EL PASADO QUE NOS PERSIGUE

César Joao Urviola Ipanaqué

Perú

TERESA CALLE RECORDABA EN LA FILA del banco aquella entrevista que la hizo ser contratada en su primer trabajo "decente". Su propio jefe le contó que la habían escogido porque aparentaba ser la más calmada, la más callada, la más apta para el puesto de bibliotecaria. Era día de pago el banco estaba lleno. Teresa había salido de la biblioteca no sin antes pedir permiso, con su habitual sonrisa dulce, esa sonrisa que era su mejor presentación. Su cabello corto, sus lentes de marco grueso, su abrigo de corduroy marrón, eran su marca registrada. En la entrada del banco el guardia saludó a Teresa, ella respondió con su voz de maestra de colegio inicial. La fila no avanzaba y los empleados del banco parecían trabajar en cámara lenta. Entonces se escuchó un fuerte golpe en el vidrio de la puerta principal. ¡Todos al suelo carajo, esto es un asalto, al primero que se mueva lo mato! Gritó uno de los que había ingresado al banco. Eran dos hombres con pasamontañas, habían golpeado al guardia y ahora pedían entre mentadas de madre que las cajeras metieran todo el dinero dentro de dos maletines. En menos de cuatro minutos salían los ladrones con los maletines llenos de billetes y arrastrando a Teresa Calle en calidad de rehén.

Todos miraban a la pobre Teresa, la bibliotecaria más dulce que había ocupado ese puesto, ser arrastrada indignamente por el piso del banco. Salieron las tres siluetas tropezándose por la puerta del Banco. El guardia salió corriendo a pedir ayuda a sus colegas mientras pensaba en la desdichada Teresa y su voz de profesora



de inicial. Las voces se repetían en el banco: ¡Pobre mujer Dios mío! ¡Pobre señorita Teresa!

¡Sube conchatumadre, sube! Y de un empujón Teresa fue a dar al asiento posterior de un Starlet 1987. El auto estaba a poco más de tres cuadras del banco. A lo lejos unas sirenas anunciaban la llegada de la policía. Teresa Calle mantenía sus ojos fijos en el piso del auto. ¡Putamadre, putamadre! Nos cagamos, dijo el que estaba adelante intentado encender el auto sin lograrlo. Teresa pensaba: ¿cómo era posible que estos dos no hubieran previsto que alguien los recogiera? ¿Cómo era posible que dejaran el auto a tres cuadras? ¿Por qué escoger este auto destartalado para robar un banco? El auto por fin arrancó y llegaron a la calle "La Merced", que estaba cerrada. El que conducía gritaba, ¡conchasumadre, conchasumadre! Fue entonces que Teresa levantó la mirada y se arriesgó decir: ¡sigue, sigue... ahora, ahora, dobla a la derecha! El conductor giró bruscamente a la derecha y entró a un pequeño pasaje de una sola vía. Ya no se escuchaban las sirenas. Teresa se arriesgó aún más y les dijo: si siguen con los pasamontañas sabrán que algo pasa en este auto. ¡Tú qué chucha sabes, carajo! ¡Cállate o te reviento el hocico! Dijo uno, el otro gritó, ¡sácate el pasamontañas mierda! Teresa muy calmada, les dijo que entraran por el túnel y retornaran a la parte antigua de la ciudad, que los guardias no esperarían eso. Ella pensaba: ¿cómo era posible que no tuvieran plan de acción, ni plan de contingencia, ni dos o tres apoyos externos, ni tampoco una o dos caletas para llegar a un lugar seguro? ¿Cómo era posible que no supieran de aquel corte de calle? El auto empezó a bajar a la parte antigua de la ciudad. En una curva golpeó fuertemente un rompe-muelle, el conductor perdió el control del viejo "Starlet" y dio a parar contra

un muro de contención. El que conducía quedó intacto, Teresa no tenía mayor lesión que un golpe en la frente y el tercer pasajero había llevado la peor parte, pues se había dislocado el hombro. Fue en ese momento que Teresa cogió velozmente la pistola que estaba debajo del asiento del conductor y se la guardó. El conductor bajó a robar un nuevo auto sin desprenderse de los maletines llenos de billetes. Las sirenas empezaron a sonar por todas las direcciones. Los gritos de la gente aumentaban la adrenalina de los fugitivos. Teresa arrancó las llaves de la mano del que había conseguido el auto. Algo en ese medio día había cambiado. El auto salió disparado. Teresa Calle conducía ahora, la tranquila bibliotecaria, la joven adorable de lentes de marco grueso, la que siempre saludaba amablemente, iba ahora con un auto robado, acompañada por un delincuente con el hombro dislocado, dos maletas llenas de dinero, una pistola en el abrigo y rumbo desconocido.

Teresa giró en "u" y casi chocó con un bus de transporte público. El copiloto veía pasmado a Teresa, su ex-rehén iba ahora desaforada, como si en realidad disfrutara de ese momento. La policía apareció con tres autos desde la avenida Malecón. Teresa sacó la pistola que había recogido en el accidente del "Starlet" y gritó "policía conchatumadre", se escuchó su voz resonar y luego el primer balazo salió llenando el auto de un denso olor a pólvora; tres balazos más salieron de su arma impactando en las patrullas. Teresa recordaba los días pasados con su rostro cubierto, los días de las cárceles del pueblo, cómo habían secuestrado a aquellos empresarios televisivos y cómo tomaron aquellas poblaciones en la selva. "Dispara carajo, dispara" gritaba Teresa, eran gritos de otros tiempos, de otra

vida, de otras iras. Las balas ahora eran recibidas por los asaltantes. Teresa pedía más balas al copiloto, pero este ya no contestaba, la sangre llenaba cada espacio de su camisa.

Radio Nacional en el "Año de la actividad turística interna" informa: "hoy a las dos de la tarde cayó peligrosa banda de delincuentes que asaltó el Banco Latino. El saldo: Un delincuente herido y otro muerto, también dos policías heridos. Lo más sorprendente es que cayó junto a ellos: Demetria Gonzáles, quien portaba una libreta electoral falsa con el nombre de Teresa Calle. Esta mujer era buscada desde el año 95 por ser miembro del tristemente célebre comando especializado en secuestros del Movimiento Revolucionario Túpac Amaru. Se investiga por qué, luego de tantos años de clandestinidad y el fin del levantamiento subversivo, aparece ahora robando un banco. Se teme el reagrupamiento de esta organización subversiva luego de los sucesos en la embajada de Japón. Ahora retomamos nuestra programación habitual".



## SAHARA: DESIERTO Y SOLEDAD

Jorge Torrealta

México

LA LUZ DEL QUIRÓFANO GOLPEÓ DE LLENO la faz de Teresa. Cerró los ojos y voces ininteligibles acudieron hasta sus oídos; ella dejó hacer. De pronto, sombra. Un médico se había interpuesto y explicaba el procedimiento a realizar; sus palabras no transmitían nada, se diría que era la lectura de un manual. Cientos de veces le habían explicado la complejidad de su padecimiento, siempre el mismo discurso. Nada nuevo que no hubiera leído en internet.

Teresa no atendió las palabras del anestesiólogo hasta que el médico cirujano se acercó a ella tras un llamado del primero.

–Señorita, ¿se encuentra bien? –preguntó el cirujano.

–Le he preguntado si aún quiere continuar –dijo el anestesiólogo.

–Por supuesto. Nunca retrocedo –afirmó Teresa.

–Esto hay que meditarlo bien. Quizás a última hora se decida por otro tratamiento –aventuró el cirujano.

–No. Terminemos con esto, por favor. Necesito ir a casa –concluyó Teresa.

Los galenos se miraron e hicieron una mueca de incompreensión. Luego, apuraron sus labores. Teresa sintió el fluir de la anestesia. Sabía que podía morir, así que quiso soñar; morir y vivir en un sueño. Entonces dijo Sahara, « tantas veces que se diría que era una letanía antes de la operación. Luego, cerró los ojos.

...

Ahora estás aquí, en tu casa. Lo has conseguido. No esperas, atraviesas la puerta y ganas el pasillo. Escuchas la

vocecilla y el coleteo de Sahara. Sé que la quieres llamar. De alguna manera sabe que estás aquí. ¿En verdad estás aquí?, ¿o es el sueño que has manipulado?, ¿crees que ella te pueda mirar? Si no la has visto puede estar por todas partes, sólo necesitas determinar dónde y cuándo, sin importar la realidad que habites. Todos estamos en miles de sitios al mismo tiempo, hasta que alguien fija sus ojos sobre nosotros.

Te diriges al espejo y te observas en él. No te puedes ver. Todos tus rasgos son borrosos, como un recuerdo arcaico. Esto es una evidencia de que te encuentras inserta en sustancia onírica. Nunca has podido mirarte al espejo cuando sueñas. Quién sabe si eres tú la que se halla allí delante, a saber si has sido tú cuando al despertar dices haberte soñado.

Palpas tu rostro. Es inútil, puedes ser todas y ninguna. Los rasgos no nos determinan. Recuerda quién eres. Cuántas veces te señalaron como feminista por estar de acuerdo con el aborto y rechazar el matrimonio; cuando te llamaron animalista por proteger a los indefensos y no comer carne, y demás movimientos imbéciles. Tantos nombres para una sola cosa: la masa. Pero siempre has sido tú, individual y solitaria.

¿Qué harás?, ¿volverás de donde viniste? Aquí estás a salvo. Los miomas han desaparecido, o quizás nunca existieron. Llama a Sahara y que sus miradas se reconozcan. Ella te amará, sin importar dónde se encuentre. Ambas serán madres de los mismos cachorros. Repudiaste el embarazo. Eso de amar al desconocido, es decir, al neonato, lo comprendes como un constructo social, elemento constitutivo de la figura materna; un rasgo del inconsciente colectivo. Siempre has dicho que sólo se ama o se desprecia aquello que se conoce.

Sin embargo, has rescatado de la calle a la perra y a sus cachorros y todos los días ofrendas tu vida por ellos. Esa es la más grande prueba de amor: dar la vida por los otros; sin embargo, iguales.

Retrocedes. Ese es tu camino. No superarás el pasillo. Es tu casa, aunque no reconozcas tu imagen. ¿Qué hará Sahara? Te ha escuchado, te ha olfateado. Sahara: desierto y soledad, por eso la llamaste así. Eso es todo. Cruzas la puerta. Te vas. Habitarás otro espacio. ¿Qué realidad es auténtica? Recuerda que el tiempo es una corrupción de los sentidos.

La puerta se abre. De pronto hay luz, una ingente luz.



## QUE ME REGALEN UN GATO

Araceli Proulx-Sollano

Estados Unidos

YA NO QUISIERA ESTAR SOLA, tengo mucho de qué hablar y necesito hacerlo con un cómplice. Cualquier otro tipo de relación no es apta para ello, sabrán mi parte más oscura; por eso, sólo puedo charlar con un confidente, cuando me escuche se impregnará de mis pecados y al saberlos serán parte de él. Te pones en sus manos, le dices donde enterraste el "cadáver" y, pase lo que pase, cada día que no te delata supones que te ama.

Ya no quiero estar sola. Aunque me valgo por mí misma y hago mis cosas, a veces quisiera que alguien hiciera algo por mí; que me trajera mi comida favorita, dijera mi nombre, me regalara un libro, un prendedor de pelo, un osito. Ya soy una mujer adulta, pero tocar algo suave es placentero, hasta el cerebro se reconforta.

Si pudiera tener aquí un gato sería aún mejor, pero no es posible por muchas razones, entre ellas, que este no es un lugar adecuado; aunque un obsequio vivo es algo que cuidaría con toda la ternura que nunca he usado, pero que conservo y aún no estreno, así que debo tener mucha y nuevecita... Bueno, una vez le eche agua en un tazón a un perro callejero; hacía mucho calor, y se veía sediento, con la lengua de fuera y jadeando, pero nomás esa vez, ya no lo volví a ver, ni volví a sentir ganas de dar agua, menos a alguien...

No tengo a nadie. Lo peor es que sí tengo, pero ellos no quieren saber de mí, y contar con alguien es una decisión, pero de la otra persona, no de uno, por eso no tengo a nadie.

Ya no quiero estar sola. Antes no me importaba

tener una pareja, no lo necesitaba, sabía lo que todos querían y como nada me contenía, se los daba. No me ponía difícil. Muchas veces me sentí obligada; pensaba, este se quiere acostar conmigo, sin flores o halagos de por medio, pero para que me hago del rogar, mi mami me enseñó que no soy la gran cosa, y mis padrastros, uno a uno, para lo que servía mi cuerpo, y que por más que patealara y rasguñara, siempre me vencían. Era una niña, estaba chiquita, después una jovencita, ahora una mujer y la sensación prevalece.

Aquí se lee mucho. He comprendido eso de la autoestima, lo de poner límites y aquello de los padres violentos u omisos. También he leído sobre el daño que hace la cultura machista. He mejorado mi hablar y mi ortografía. Comprendo bien lo que me ha pasado y las razones de mis actos, porque mi familia era así, y veo mi potencial y valor como ser humano. Esas lecturas lo explican todo... Por eso sospecho que esto de leer, es una forma de tortura.

En fin, ya no quiero estar sola, aunque yo creo que hay mujeres que atraen el amor, y otras que nomás atraemos que nos usen y desechen; ni modo, así es todo, hay ricos y hay pobres, hay felices y hay infelices, hay amor y hay quienes nunca hemos oído nuestro nombre seguido de un "te amo". Nunca lo he oído, ¡palabra! Ya no quiero estar sola, pero va a estar difícil, lo sé. Nomás estoy diciendo lo que ya no quiero.

Me acuerdo de aquella vez. No era para tanto, pero yo a veces nomás ocupaba poquito para llenarme de furia. Esa noche, nomás era meterte, agarrar y vámonos, pero la vieja se despertó, se dirigió mí y me dijo: "Muchacha, no tengo nada de valor, soy una anciana, piensa en tu mamá". ¡Híjole!, ¿para qué habló la mujer?, el Willy



y yo nos miramos, nos reímos y por dentro sentimos la oportunidad de sacarlo todo, ¡todo! El Willy dijo: ¡a mi mamá no la meta! La insultó y le dimos con el martillo y con una lámpara que estaba ahí, cada vez más recio hasta que se nos salió el diablo, ese diablo que hizo que mi mamá fuera a la tienda cada que mis padrastros traían ganas, y ese diablo que se llevó a la mamá de los Willys y los dejó con su abuela, la que les pegaba con un cinto mojado hasta por respirar.

Pero íbamos tranquilos, sólo era meterte, agarrar y córrele; ella tuvo la culpa, ¿para qué nos habló?, ¿para qué nos recordó a nuestra madre? ¿Qué no pensó que si hubiéramos tenido una buena mamá que nos cuidara y amara, no andaríamos en la noche robando baratijas a viejitas como ella? Si se hubiera quedado callada, todavía estaría viva y yo no estaría aquí. Ella nos provocó por hablar.

Yo nomás sé que ya no quiero estar sola, quiero que alguien me vea a los ojos y diga mi nombre. Cada que lo diga sabré que se dirige a mí, que existo.

*Se escucha una sirena de ruido sordo, molesto. Alguien le grita con la firmeza de esa superioridad adusta, de quien tiene en su poder la llave de la jaula donde habita un diminuto pájaro enjaulado: ¡Teresa! ¡Ya es hora de apagar la luz! ¡Lo sabes! Contadas y completas, mi comandante.*





# TERESA TIENE ARRUGAS EN LAS MANOS

## ÍNDICE DE LA SECCIÓN

- **BRUJA** 51  
Israel Nicasio / México
- **TERESA TODO LO VE** 55  
Marshiari Medina / México
- **EL PERRO DIENTES DE SERRUCHO** 59  
Daniel Gutiérrez Ventocilla / Perú
- **LA CARTA QUE REGRESA** 62  
Paula E. Malagraba / Argentina

# BRUJA

Israel Nicasio

México

¿CUÁNTO TIEMPO LLEVA ASÍ? ¿Es tu hijo? ¿Cómo pasó? Espera, mejor no me cuentes. Siéntate, pero antes cierra la puerta. No quiero que nos molesten. No llores. Tal vez te puedo ayudar. ¿Me lo prestas? Ponlo sobre mis brazos, pero ayúdame un poco, es muy pesado.

Tu padre nació muerto, ¿sabes? Yo lo rescaté, porque tu abuela no lo quería. Me dijo que si no respiraba, lo dejara en el piso. Pero ¿cómo lo iba a dejar ahí? Era mi hermano. Entonces me dijo "cómetelo si quieres". Yo no digo mentiras, ni hago milagros; hago lo que puedo. Sigo las palabras de mi cabeza.

¿Quieres saber todo lo que pasó? Te cuento. Probablemente ya te han dicho algunas cosas, por eso estás acá, ¿no?

Estábamos en el río lavando y tu abuela sintió el dolor de parto. Sólo se fue a esconder atrás de un árbol, gritó muy fuerte y en poco tiempo ya estaba el niño afuera. Tu padre nació morado. Lo llamó José. Nunca me explicó por qué me puso de nombre Teresa. Yo lo cuidé como si fuera mío; me dolió como si hubiera salido de mí. Realmente lo traje a la vida.

Pásame la vela que está detrás de ti. ¿Quieres saber por qué me dicen así?

Alguna persona tuvo que haber dicho que yo era una bruja. Probablemente mi madrina lo comentó. Ella vio cuando me puse a rezar en medio del ciclón. Nosotros vivíamos del otro lado del río; se llamaba Río viejo. Decidí hacerlo pues supuse que ayudaría. Cuando terminé había dejado de llover.

Una vez me picó un alacrán en la punta de la oreja derecha. Algo en mi cabeza me dijo qué hacer y me puse al rayo del sol tres días enteros. Me tiré boca abajo a esperar. Enfermé de inmediato; babeaba, hablaba sola. Mi madre se recostaba cerca de mí hasta donde yo lo permitía. Ahí estábamos las dos tiradas al sol, como esas iguanas que se duermen sobre las piedras. Ella extendía su mano intentando alcanzar la mía, pero no la dejaba tocarme. Mi piel ardía. Soy negra como el chocolate, aún así el sol me lastimó. Lo único que aceptaba por comida eran alacranes. Los ponía dentro de mi boca y sentía su movimiento. Los mataba a mordidas; crujían dentro de mí al momento de masticar. Al tercer día me curé. En el pueblo decían en secreto que había hecho brujería, pensaban que no me daba cuenta de ello.

Era salvaje y fuerte; como un niño y una niña a la vez. Me decían machorra; lo decían porque en un pueblo de hombres todas las mujeres coríamos peligro, pero yo me defendía a golpe limpio. Los hombres hacían lo que querían con nosotras y sólo nos quedaba escondernos o andar con miedo por las calles. Con lo único que no pude pelear fue con las manchas sobre mi reputación. Pero sí me enamoré.

¿Quieres que te cuente eso? No estoy loca, creo que no lo estoy. Algunas personas me tienen miedo.

Sólo tuve un novio, se llamaba Román. Era soldado. Le encantaba mi cabello chino y esponjado; cuando caminaba se movía como si estuviera vivo. Era tan chino que a veces encontraba animales ahí; siempre olía a coco. El soldado me quería mucho. Cuando mi madre se enteró, hizo que tus tíos me llevaran a una casa lejos de aquí. Yo lloraba; no quería estar allá. Me dejaron sola. De noche escuchaba el oleaje del mar hasta que caía dormida;

muchas veces pensé en huir nadando. Un día me desesperé tanto que besé el piso. La arena me quemaba la boca de tan caliente; prometí que me volvería novia de Román si lograba huir.

Mi madre enfermó; me mandó traer para cuidarla. El soldado me vio llegar al pueblo. Nos hicimos novios al día siguiente. Tu abuela me decía negrita, "mi negrita linda". A veces me decía "Teresita, mi brujita". Estuve con ella hasta que murió. En esa semana, Román se enteró que lo moverían de pueblo; planeamos irnos juntos.

Mi relación con Román se terminó cuando Jesús, tu tío, tuvo una riña con él por unos gallos. En venganza, me dijo que si nos volvía a ver juntos, nos mataría. Le pedí que me dejara ir con mi soldado. Pero no lo hizo; me dijo: "Teresa, si te vas con Román, le voy a decir a todos que ya no eres señorita". Me llené de miedo. Eso era lo peor que le podía pasar a una mujer en el pueblo. Tuve que pedirle a mi único amor que se fuera. Años después nos buscamos, pero cada quien había hecho una vida. Él se había casado y yo me iba volviendo la bruja negra de este pueblo.

¿Sabes? Cuando despedí a Román, entre lágrimas le dije a tu tío que si no me había dejado ir con el hombre que amaba, me encargaría de que él no fuera feliz. Lo señalé con este dedo. Le dije que jamás sería padre. También le avisé que su esposa moriría lejos de él. En esa ocasión todo el dolor que me inundaba se hizo presente en mis palabras.

La mujer de Jesús quedó encinta. La primera noche del sexto mes sangró; nadie pudo detener la hemorragia. Perdió al bebé. Ella se fue de aquí, pero antes se encargó de decir que yo la había embrujado. Dicen que hasta el día de su muerte culpó a la bruja negra por no dejarla ser madre.

Cuando tu padre nació, lo levanté con mis manos, justo como lo hago ahora. Le hablé; le dije que lo quería

y le soplé en su carita. Así; soplé tres veces. Lo hice vivir otra vez.

¿Escuchas? Está respirando. Toma, abrázalo. Ha vuelto a la vida.



# TERESA TODO LO VE

Marshiari Medina

México

LAS CHISPAS DE LOS RIELES alumbran a los ratones. Una pila de excremento, una horda de cucarachas muertas, papeles enmohecidos, botellas de plástico y demás objetos que se amontonan en el camino del túnel. Los ratones se arrastran entre las piernas de Teresa mientras yace acostada sobre los húmedos tablones de madera que forman los rieles. Los chillidos del tren se escuchan. Teresa trata de levantar su cuerpo agolpado, empavesado con infinitos moretones de caídas recientes; pero no puede encontrar el equilibrio. Su mirada permanece vacía tratando de recordar cómo llegó a ese lugar, cómo entró al subterráneo y deambuló en su intrincado esqueleto. El sonido del tren es cada vez más sólido, los ratones se atropellan unos a otros mientras chillan despavoridos. Algunos huyen hacia unas escaleras que se alcanzan a vislumbrar a unos cuantos metros; pero Teresa sigue anclada en las entrañas de la tierra, tratando de pelear contra aquella fuerza que la empuja hacia la litosfera del averno. Las piernas no le responden, no siente los brazos ni puede recurrir a sus pensamientos. Su consciencia se vuelve hacia sí misma y se acuerda de aquel gatito que le calentaba el cuello mientras dormían bajo un tugurio de cartón mojado, a la orilla de un puente. Se escuchaba el bramido de la ciudad, sus engranes pitando, rugidos, truenos, y el caer precipitado de la lluvia. Esa bola de pelos, repleta de pulgas, era presencia, calor, la hilaridad del presente. Teresa nunca tuvo miedo del puente, ni de la noche, ni de las sombras, hasta el día que se encontró con el gato, entonces la ciudad le pareció una arpía de dientes metálicos, terrorífica y hambrienta,

capaz de comerse a sus propios hijos. No obstante, el felino ronroneaba plácidamente y las pesadillas se disipaban, el monstruo dormía, y ella sentía que todo era lo que se supone que debe ser en la vida.

Teresa recorría las entrañas de la ciudad, siempre cargando en un estropajo al animal. Se escondían entre los escombros de las construcciones, se escabullían en los recovecos de los parques, buscaban comida en los tiraderos de los mercados o se acostaban en la alameda para ver a las palomas cagar sobre los monumentos. Pasaban días antes de que extrañaran el refugio del puente, y entonces se aventuraban a caminar entre los camiones que amenazaban con sus ronquidos y ruedas descomunales. De vez en cuando, Teresa tenía pesadillas: el gato caía sobre la avenida y había sangre, mucha sangre, ríos completos de agua roja, maremotos de vísceras y lodo que inundaban la ciudad. Al abrir los ojos, se encontraba con aquel peluche enmarañado, acurrucado sobre su vientre, soñando con aquello que sueñan los gatos y que nunca podremos saber qué es.

Una tarde de viento seco y nubes atezadas en la penumbra, el minino desapareció. Teresa se arrojó a la avenida para buscar rastros del pequeño cuerpo aplastado por los automóviles. Buscaba signos de muerte sobre el desértico pavimento. Corrió llamando al animal, *bishito bishito*; buscó entre las hojas secas de las maceteras, se agachó debajo de los autos, se arrastró por la boca de las coladeras, pero el gato no aparecía. Su temor fue en aumento. Pensó que quizás el vapor que salía de las alcantarillas había llamado su atención, y quizás si ella bajaba a las entrañas, quizás...

Y aquí está ahora. El tren lanza un grito raudo y estremecedor. La obscuridad del túnel se alumbra



con la luz mortecina de los faros. Ahí viene, corriendo, avisando el derrumbe de todo. Teresa cierra los ojos para encontrarse consigo misma, sonriendo frente al espejo, con un vestido azul estampado con enormes flores rojas. Es su cumpleaños. Tiene el cabello blanco y ahí está ella, sin mal aliento ni costras en el cuerpo. Recuerda la vivacidad de su piel, el ser mujer, el ser presencia. Ve con claridad las líneas de sus manos y la forma de sus cejas. Hay vida, latidos, una esencia que envuelve su espíritu; más allá de todo concepto conocido, se sabe ella misma. Sin embargo, un dolor profundo, un entumecimiento en todo su cuerpo la devuelve a la boca del túnel. Teresa, ahora dueña de fantasmas, se balancea hacia adelante y hacia atrás, mordiéndose la lengua para poder levantarse. Es inútil. Su cuerpo sigue varado sobre los rieles. Una pequeña luz se asoma desde lo alto. Suave trino como el sueño de una luciérnaga, fantasmal, casi invisible, y de pronto una sombra. Es el gato, pequeño y roñoso, que maúlla a través de las rejillas. La noche sonríe y envía a su ángel para que Teresa recuerde el sabor de las naranjas dulces y el olor del pasto recién podado. Su atrochado cuerpo se entumece, puede sentir el sudor del mar, el insistente escozor de un piquete de mosquito, el golpe del aire frío en las calles de la ciudad, el resquemor del aguardiente en sus envejecidas encías. El gato araña los barrotes con gesto suplicante. ¡Ven, Teresa, ven! Un llamado salvaje a la mujer que se tambalea abajo. Sus peludas patas golpean, sus ojos buscan una entrada. La luna resplandece y se filtra. Teresa y el gato comparten una última mirada en la dantesca oscuridad del túnel. El tren viene, enfurecido con el tiempo. Es una montaña de fierros que destruye todo a su paso. Teresa trata de levantarse, trata de equilibrar aquellos recuerdos que le

sobreviven. La noche es noche, el silencio es silencio, y ella es nada.



# EL PERRO DIENTES DE SERRUCHO

Daniel Gutiérrez Ventocilla

Perú

ANTES DE SALIR DE CASA, Teresa pasaba un buen rato buscando sus lentes, celular o cartera. Por ellos, llegaba tarde al trabajo casi siempre, pero ahora, desde que tiene a Lucas, su perro, encuentra tales objetos en un mismo sitio, en el jardín, junto a los huesos y panes que Lucas entierra de mala manera.

Por tal favor, ella lo llenaba de engrعيمientos y al mismo tiempo lo admiraba por tener el curioso hábito de comer madera. Recordaba con cariño el primer día que lo llevó a casa. Como bienvenida, le había ofrecido un tierno filete de pollo, sin embargo, el perro prefirió morder las patas de la mesa. Ella trató de evitarlo, pero el perro defendía con bravura aquellas patas de madera como si de un hueso se tratara. Pobrecito, dijo ella y lo dejó continuar. En el transcurso de la primera semana ya tenía todos los muebles completamente roídos.

En otras circunstancias, el perro hubiera terminado en la calle de una sola patada, pero Teresa, obediente a la terapia de tolerancia, llevaba al perro al parque cada noche. El animal, feliz relamía los árboles y las bancas. Una vez saciado el can, volvían a casa, pero aquella dieta inusual causaba en el perro constantes evacuaciones que ella, Teresa, limpiaba entre arcadas.

Cierto día vio en la tele un concurso llamado "Talentos en casa" e inscribió a Lucas como "El perro dientes de serrucho". El día del evento, ya en el escenario y luego de los aplausos de bienvenida, pusieron frente al perro un trozo de madera de eucalipto, su favorita, pero no lo comió. Teresa insistió acercándole las sobras

de una mesa y nada. La gente empezó a silbar, el animal se asustó y lo único que hizo en el escenario fue un tremendo excremento sobre la alfombra.

-¡Está nervioso! ¡Está nervioso! -decía ella, abrazando a su mascota.

- Señora, quizá el talento que su perro tiene es el de embarrarlo todo- dijo el conductor del programa, mientras llamaba al personal de limpieza.

- ¡Dale una oportunidad! ¡Dale una oportunidad! Él no es malo.

-Señora, reaccione. A veces queremos tanto a alguien que hasta justificamos sus asquerosidades. Su perro es una desgracia.

Ella embraveció.

-¡Ustedes, no saben nada! ¡Aprovechados! Este programa es una letrina, por eso hizo lo que hizo. Se lo tienen bien merecido.

Teresa salió entre pifias y volvió a casa. Al día siguiente y por el resto de sus días, regresó a la rutina. Llegaba del trabajo, dejaba sus cosas por cualquier sitio y descansaba un poco, para luego limpiar y disimular con perfume las pestilencias; sin embargo, pronto sucedió que el dolor de rodillas y otros achaques nuevos la postraron. Dejó el trabajo y no le importó que Lucas terminara con los muebles ni que acabara arrastrando el resto de los objetos de la casa al jardín. Quiso corregir al perro y no pudo. Entonces comprendió que su mal no era la falta de tolerancia sino la terquedad de creer tener siempre la razón, y recordó de mala gana las palabras del presentador, "a veces queremos tanto a alguien que justificamos sus asquerosidades". Para consolarse, sonrió pensando que había aprendido a ser tolerante, pero cuando Lucas empezó a arrastrarla hacia el jardín,

sintió que la vida ya no toleraba ni su terquedad, ni su presencia.



## LA CARTA QUE REGRESA

Paula E. Malagraba

Argentina

AGOSTO ESTABA TERMINANDO FRÍO, frío y lluvioso. Y esa había sido la peor semana, no sólo por el clima. Las tareas cotidianas, el trabajo, los hijos, el nieto pequeño, su padre... No había tenido respiro.

Mirando las gotas transparentes caer suaves sobre la ventana, Teresa decidió que era hora de regalarse un tiempo. Así que decidió encender la estufa de leños del *living* y darse el gusto de releer la vieja novela dormida y llena de polvo. Un mimo. Un pequeño mimo para cortar una semana de locos.

Tomó el almohadón y lo acercó a su nariz. Hundió suavemente el rostro en él y lo esponjó con las manos. Todavía tenía un dejo de aroma a suavizante. Ese, el de los lavaderos automáticos, más fuerte que el que se usa en casa. Un poco más duradero inclusive.

Lo acomodó sobre los otros, en el sillón.

Tomó del leñero un par de maderos y los depositó en el interior de la estufa. Una gran ventaja lo sencillo que era encender estas estufas modernas. Y lo rápido que lograban hacer del ambiente un sitio acogedor. Se preparó un té de frutos rojos, lo dejó en el *living*, en la mesita pequeña al lado del sillón. Sacó el querido libro de la biblioteca y lo sostuvo amorosamente entre las manos. Sopló un poco su lomo y lo llevó contra su pecho. ¿Cuántos años hacían ya?

Se acomodó entre los almohadones y levantó las piernas sobre el pequeño butacón. Se calzó los lentes, no sin un dejo de desagrado. Necesitarlos era otra de las cosas que le molestaba de hacerse mayor. Aún más que los dolores

en los huesos que empezaban a acompañarla de manera permanente. Abrió el libro. Y al girar la primera página, la encontró. Testigo mudo del tiempo. Entonces olvidó de pronto que agosto estaba terminando, que hacía frío y que llovía. Olvidó que estaba en el *living* procurándose un rato de descanso tibio para el alma cansada después de una semana agotadora. Olvidó su edad. Y volvió a ser joven.

Volvió a ser la Teresa de aquella noche. La puerta se abría y él llegaba a casa con su sonrisa de siempre. Sostenía en su mano el diario del día doblado y ajado de haberlo leído de regreso a casa en el subte lleno. Y del interior del diario, con un mohín pícaro de mago, sacaba el libro forrado en papel de color rosa. No había olvidado la fecha, como ella suponía. Un detalle como ese bastaba para hacerla feliz. Él conocía todos los detalles para lograrlo. Por eso, de su mano escondida en la espalda, surgía un pequeño ramo de rosas.

Ella revivió su alegría, el beso de agradecimiento, el abrazo. Revivió el aroma de su loción fresca y la piel áspera sobre su mejilla. Revivió la suavidad de las rosas y cómo las había colocado amorosamente en un jarrón pequeño, cuidándolas para que no se secaran. Revivió el momento en que aquel libro la había atrapado –qué bien conocía él sus gustos-. Recordó cada día, desde el día en que la encontró sobre la mesa, hasta la mañana en que supo que él no iba a volver. Sus ojos pasaban incrédulos una y otra vez por la delgada lámina. Corroboraban la fecha, los datos esenciales. Todo estaba ahí. Los sentimientos, el porqué, el dolor que quería evitar, el que había causado. La solución que suponía su partida. La decisión final. La despedida. Toda su vida entraba ordenadita en una delgada lámina blanca de quince por veinte centímetros.

Primero no había dado crédito a lo que veía. Tuvo el deseo de arrugar aquel objeto entre sus manos. Luego quiso hacerlo mil pedazos, porque no podía gritarle, no podía cambiar el futuro que llegaba en ese fragmento blanco que él había dejado (¿cobardemente?) sobre la mesa. Finalmente, como atando todas las memorias, Teresa recordó que lloró arrugándose en un rincón, rompiendo en pedazos su alma. Y cuando ya no tuvo más lágrimas, dobló aquel pequeño legado de destino y lo guardó en el libro que él le había regalado. Así había caído en su falda tanto tiempo después, en agosto, ajada y amarillenta, la carta del adiós.







# TERESA ES UN GARABATO EN UN CUADRO DE SEIS DIMENSIONES

## ÍNDICE DE LA SECCIÓN

- **TERESA FUGAZ** 66  
Rosmeri Ramírez / Guatemala
- **EVAPORAR (SE)** 70  
Enrique Moreno / México
- **MANIOBRAS DE ESCAPISMO** 73  
Valeria Flores Martínez / México
- **NOMINOMAQUIA** 76  
Alberto Marín / México
- **SÍNDROME DE CELENTÉREO** 78  
Arisandy Rubio García / México

**TERESA FUGAZ**  
Rosmeri Ramírez  
Guatemala

UNA TARDE CUALQUIERA de un martes de abril de 2017. El calor parecía derretir las ganas de vivir en el Centro Histórico-Histórico guatemalteco. El sudor chorreaba profusamente a través de la máscara para soldar. Una abundante, colocha y revuelta cabellera revoloteando como en un danzón eléctrico con la ligera y constante brisa; le hacía parecer un alienígena de alguna distante, extraña y amigable galaxia.

Las partículas de mármol asemejaban a una capa color horchata que cubría las pilas, el piso y a él mismo. Como nieve de horchata. ¡Nieve en el istmo! Los rayos solares del mediodía, ávidos de justicia por el calentamiento global, no tenían piedad de los humanos y mucho menos de las herramientas y el mármol. Todo ello dificultaba mucho trabajar a esa hora.

Los sonidos de las herramientas formaban una orquesta que improvisaba melodías, ritmos, piezas cual quinteto de jazz. A Teresa le parecía encontrar alguna lógica rítmica o patrón en aquel ruido. Le pasaba mucho. ¡Esa su manía de bailar con todo! Incluso con las molestas alarmas para carro que no hacen más que distraer. Todo mundo sabe que no protegen de nada. Hasta ahora ningún dueño o cuidador de parqueo ha tenido una lucha feroz con algún ladrón porque una alarma se active. ¡O sí?

Repentinamente se hizo el silencio. Y pudo escuchar sus pensamientos. Uno de esos pensamientos frenó abruptamente, derrapando las llantas en sus engramas y le recordó que tenía ropa por entrar.

Tuvo una pequeña discusión consigo misma: Teresa cuerpo: ¿Cómo? ¿Salir a esta hora con tanto calor?

Puedes ir más tarde... Al fin... no es urgente.

Teresa mente: Sí, pero la vez anterior por dejarlo para más tarde uno de tus calzones se perdió. No sabemos si le salieron alas o simplemente lo dejaste tirado por entrarlo aprisa, hacia la medianoche y al final resultó en la basura...

Teresa cuerpo: ¡Ay, pero vestirme sólo para ir a la terraza! ¿Y si hay alguien todavía allá arriba?

Teresa mente: ¡No te compliques! ¡Sólo ponte una túnica y ve! Además, ya no se escucha que estén trabajando. Seguro se fueron a almorzar.

Después de haber perdido la discusión con Teresa mente, no le quedó más opción que ponerse la túnica sobre el cuerpo y salir contoneándose hacia la terraza arrastrando una modorra del tamaño del edificio. Apenas eran trece escalones que se sentían como trescientos debido al calor y el sudor que hacía que la túnica se le pegara al cuerpo.

El reflejo de la luz solar le hizo entrecerrar los ojos y entrar torpemente a la terraza. Sentía como si se acabara de despertar y estuviera en uno de esos domingos en que no salía de la cama más que para ir a traer la comida e ir al baño...

*¡Qué delicia los domingos...!*

Pensaba...

Cuando repentinamente sintió que alguien la estaba viendo fijamente. Paró en seco y giro su cabeza para buscar. Se suponía que ya no había nadie en la terraza. Al menos eso le había dicho el chismoso silencio. No le tomó más que un par de segundos para encontrar su mirada con la del amigable alienígena. A pesar de tener cubierto el rostro con la máscara que le daba ese aire tan curioso, intuyó que su mirada estaba absolutamente fija en ella y en las transparencias de su túnica. Una túnica de un color coral que daba la oportunidad de adivinar sus formas y

contornos sin mostrarlo absolutamente todo. Su cuerpo de perfil dejaba observar la piel de sus muslos gruesos que se veía por las generosas hendiduras de los lados de la túnica. Sus energías se conectaron por un par de segundos. Ella sonrió tranquilamente diciendo un: "buenas tardes" que se escuchó como un "bueno si vas a ver, mira bien." Él se quedó petrificado, con la mirada clavada en sus formas, a la espera de un reclamo por parte de ella. Y aún a través de la máscara se sentía su sonrisa nerviosa. Apenas se escuchó un "buenas tardes" de vuelta. Como diciendo, "¡disculpe!". No era que no hubiera visto mujeres con poca ropa antes, era que la sorpresa de verla ahí tan campante, como una gata paseándose dueña del lugar le había destanteado.

Acto seguido, ella se dirigió a la jaula. Sí, una de las cuatro jaulas de tamaño humano que estaban en la terraza para dividir las áreas de tendedero de ropa entre los vecinos del pequeño edificio. Desde que se pasó a vivir allí, le pareció un tanto inquietante y se preguntaba quién habría diseñado y mandado a construir el edificio designando tal cosa. Cada que las veía se imaginaba una serie de fotografías con el título: reminiscencias de la esclavitud en diseños arquitectónicos de los años setenta.

Descolgó tranquilamente cada prenda. Colocando cada gancho de ropa paciente y ordenadamente en un recipiente. Mas a él le pareció verla en cámara lenta. La brisa jugueteaba coquetamente con la túnica haciendo guiños que a veces daban la ilusión de poder ver más. Guiños que prometían, pero que, a su vez, sólo le ilusionaban. Limpió tanto y tanto las herramientas antes de guardarlas para ir a almorzar que casi se vuelven nuevas con etiquetas con código de barras incluidas.

Un gancho se cayó al piso y ella sabiendo que él la estaba viendo no tuvo más que recogerlo. Era su revancha.

Una perfecta flexión lumbar, torácica y anterior de cadera (o lo que es lo mismo parar las nalgas), producto de años de ejercicio, le permitieron llegar grácil y ágilmente a recogerlo.

*¡Alaaarga tu cuerpo!*

A sus espaldas escuchó un leve suspiro, casi un gemido que no sabía si era de dolor o placer... Seguramente de ambos, pensó. Y sonrió pícaramente para sí misma. Se dio la vuelta y abrazando el montón de ropa salió contoneándose con entusiasmo hacia sus aposentos. Un adiós, que sonó a un, "¿Quién sabe? Tal vez el destino nos junte en otra ocasión...". Adornado con una leve y cálida sonrisa que se sintió como un beso en la mejilla, le hizo sudar más que el calor del verano guatemalteco. Para cuando él había respondido, ella ya había desaparecido.

Minutos más tarde, Teresa escuchó unos pasos titubeantes en las gradas del edificio. "Seguramente se está preguntando de donde salí. Pero no se va a detener a averiguar". No importa. En la memoria el encuentro durará para siempre y no tendrá nombre. A veces la mejor manera de tocar a alguien es con el anonimato.



## EVAPORAR (SE)

Enrique Moreno

México

HENOS AQUÍ, MAS ELLA NO. Nosotros sobreviviendo, ella ya no más. Vivimos experimentando nuestra estadía en este mundo tan opaco, con rasguños y roturas, que, como el espejo ante el que Teresa intenta encontrarse, se nos dificulta. Sin embargo, ella falla, falla en el nombre de todas las cosas que fueron posibles pero no probables. No se trata de una imposibilidad ocular, pues ella nunca tuvo estos problemas; yacía en el reino de la (ahora) eterna juvenitud. Y, aunque es un hecho que los que se encuentran en esa edad son el futuro de nuestra raza, la vida prefiere reírse de sí misma y hacer, de nosotros, su chiste: el ser de Teresa no fue lozano. Fue: un pretérito simple, pero clave en la vida y, desde hace unas horas, la muerte de Teresa. Ella no está. Ella no está. Ella no está. Un enunciado que suena a la mayor de las groserías en el léxico de una familia.

Por suerte, y desgracia, pues hasta la muerte, al igual que la vida, también tiene sentido del humor; ella no lo sabe, por lo menos, hasta ahora. Lo único que está en su mente (o en el espíritu de ésta) es el increíble enigma de no ver su reflejo en la turbia superficie del espejo. Pasan minutos hasta que Teresa decide que no todas las cosas en el mundo tienen explicación. Sale de lo que fue su baño y se dirige a su antigua recámara. Hoy no tenía nada que hacer ni a quien ver. Coloca un disco en su aparato: una voz, áspera como lija, canta, describiendo el tacto de sus manos en las puertas celestiales. Su madre, de quién heredó el nombre, entra a su cuarto como quien se encuentra en una tierra ajena. "¿Qué pasó mamá?", pregunta Teresa, con el tono amable que siempre utilizaba

con sus figuras paternas. No hay respuesta; su madre avanza poco a poco hacia la fuente de la música. La chica insiste de nuevo con su interrogación, sin conseguir réplica alguna; los pasos de su madre se vuelven cada vez más pesados y territoriales.

Por fin, hija y madre yacen de frente. Teresa, con una curiosidad violenta, interroga a su progenitora sin conseguir un sonido siquiera. El fantasma de sus ojos ve directamente a los de la mujer frente a ella; por un momento, le parece tan ajena y distante que olvida su nombre y, en efecto, el suyo. En estos segundos nuestros, tal vez una eternidad para la chica, las hojas de su memoria se consumen en un incontrolable incendio. No sabe a quién está viendo, no la reconoce, de la misma forma que no pudo hacerlo con su imagen en el espejo. La mujer delante de ella abre los ojos repentinamente; siente un calor conocido y, en seguida, un olor familiar, uno que sólo la sangre sabe reconocer. Los ojos de la mujer permanecen abiertos, ya no por sorpresa, sino por contención, pues, después de todo, la compostura persiste hasta en el reino de lo paranormal. Sin embargo, su barrera no consigue ser lo suficientemente fuerte para resistir estas lágrimas. El diluvio alcanza la figura de este espíritu que, tal vez por algo que nosotros clasificaríamos de milagro, logra sentir el abundante y cálido llanto de la que ahora reconoce como su madre. La vida que tuvo y toda la gente que estuvo a su alrededor vuelven a su cabeza, incluso su propio nombre. El agua siempre extingue al fuego.

Teresa falló con el espejo, pero delante de su madre, ojos que reconocen hasta en lo invisible, entiende que partió hace unas horas y que sólo estos momentos le quedan con nosotros. Con un ligero tacto en los hombros intenta calmar a su madre, quien tiene las manos en la cara

para calmar su mar. Su madre reacciona violentamente, sustituyendo el llanto por miedo y separándose de su hija. Teresa, con miedo de que se vaya, decide hablarle de nuevo sin éxito. Antes de que cruce el umbral de su puerta, la hija grita con todas sus fuerzas: "¡No me dejes!". Con una voz que resuena en las paredes de las cosas, Teresa detiene a su madre en la entrada de su recámara. Después de una pausa, una cara nueva, con lágrimas cálidas, voltea hacia ella. Es la hija quien ahora se acerca a la madre intentando, de nuevo, tocarla. El roce es recibido con una vetusta calma y, poco a poco, Teresa abraza a Teresa.

...

Existen ocasiones en que las despedidas necesitan ser breves y concisas, esto Teresa lo sabe muy bien. Después de un abrazo, el último y otro más, la hija le confiesa: "Te voy a extrañar mucho, mamá". "Aquí estoy, y estaré esperando abrazarte de nuevo". El tacto poco a poco va desapareciendo hasta que sólo el aire del cuarto pasa por los brazos de la madre. Henos aquí, Teresa ya no más.





# MANIOBRAS DE ESCAPISMO

Valeria Flores Martínez

México

TERESA DESPERTÓ de las enredaderas oníricas de lo eterno, para curiosamente reposar en la almohada perteneciente a la consciencia de su insomnio. No había más luz que la del alumbrado público, salpicando sobre ella las gotas de la prueba del progreso. Sus oídos vibraban, se manifestaba en ellos un denso malestar, la presión ahora inexistente había dejado su huella.

Sonó que soñaba, que intentaba soñar, que en una cama yacía sin más consciencia que la del sueño. Pasaba por su mente un recuerdo distorsionado, de esos que llegan por sorpresa, sin ser buscados; era la presencia de un museo situado en el centro de la ciudad, museo de esos que pertenecen a artistas de renombre, donde únicamente se hallaban colecciones que con su dinero habían conseguido, vestigios arqueológicos de culturas de oriente, abstracciones en pintura, bocetos aparentemente infantiles de lo interno y una extraña escultura de un ángel (o al menos la interpretación de un ángel) con sus alas abiertas en posición demandante, o quizá tan sólo demasiado abrumador.

Teresa (o al menos la proyección de su yo, producto de su imaginación) se paseaba por los blancos y anchos pasillos del lugar. Las paredes de cantera la rodeaban con su alerta de frío. Debido a la amplitud del espacio, el eco resonaba en cada esquina del lugar; por allá, pasos de turistas, acá, la respiración de un fumador que, al intentar contenerla, tan sólo conseguía que sonase con mayor determinación y, por último, dentro de una de las salas de exhibición, se escuchaba por fin la voz del experto,

del erudito frente a un montón de personas, explicando no sólo la fascinante rareza de las obras, sino también la técnica usada en cada una de ellas.

Teresa se detuvo voluntaria o involuntariamente (porque bien sabemos que en casos de abstracción estética nuestro instinto domina los miembros) frente a una obra en específico. Bocetos se posaban frente a ella. Un dibujo llamó su atención: un cuerpo, o quizá varios, o quizá ninguno, enjaulado con su propio cabello, o tan solo ajeno, o ningún cabello. Había tanta precisión, tanta verdad surrealista, que dudó por igual de su presencia real u onírica en el lugar.

Sacada del trance caminó sin cesar por los pasillos. Cada obra tenía detalles que ni aun visitando el lugar en incontables ocasiones podría recordar; la arquitectura del recinto era demasiado precisa, con nostalgia por lo clásico. Confundida se cernía sobre la idea de estar realmente en el lugar, pues el olor a pintura se colaba en sus fosas nasales, el frío blanco erizaba sus cabellos, y por supuesto, los datos exactos de pinturas y esculturas, eran nombrados por el eco transmitido desde alguna de las salas.

El arte te hace dudar de estar vivo, se decía Teresa, es imposible haber soñado todo esto, yo estoy soñando. ¿Estoy soñando? Sí, pero... ¿Qué? ¿Sueño que me paseo por un museo? ¿O sueño que estoy soñando que me paseo por un museo? ¿O es acaso solamente un engaño interior, de aquellos producidos por los trances momentáneos? Trance, pero, ¿trance de qué? ¿Será quizá de aquella obra? La obra representante del encierro, del agobio, de lo abrumador. La obra que abraza mi cuerpo y se desliza vacilante por mi cuello, casi susurrándome el calor del fuego que Prometeo dio una vez a los humanos. ¿Es acaso éste mi fuego?

Consternada, confundida o quizá simplemente trastornada, Teresa buscó la salida que una gran puerta de roble le presentaba. Liberación, por fin libre del tormento, se dijo; acaso al final todo esto sólo me traería dolor de cabeza. Aunque... ¿liberación es escape o enfrentamiento? No, no, hago lo correcto.

Al recargar su mano contra la madera y abrir la puerta, una niebla blanca comenzó a cegarla, rodeándola, prohibiéndole la vista de lo surreal. Con valentía, Teresa avanzó un paso, pero se encontró atrapada en un abismo de niebla (¿capturada?). Cayó, cayó, y siguió cayendo, la presión en sus oídos era insoportable, sentía la inminencia de una explosión. Pero sólo se encontró con negro, negro de sus párpados reales, un negro que se deshace de las enredaderas oníricas de lo eterno. Sus ojos se adecuaron, sólo el alumbrado público, sólo el vestigio de una presión inexistente. Suspiró, dirigiendo su mirada hacia su cuerpo, cuerpos, o quizá ningún cuerpo. Se sentía atrapada (¿enjaulada?) por gruesos cabellos rodeándola, ¿suyos? ¿Ajenos? ¿O quizá no eran cabellos?



# NOMINOMAQUIA

Alberto Marín

México

¿CUÁL ES LA MATERIA MISMA de la esencia, de la identidad? ¿En dónde recuperas tu forma original, pura y verdadera tras el derrumbe, tras la catástrofe de los sentidos?

¿Es en la ausencia, en los apocalipsis dejados por caricias de agua?

¿Es en el recuerdo náufrago de días que se extienden como aleteos de mariposas cósmicas, ondas sísmicas de proporciones espaciales con epicentro y zona cero donde quiera que se asienta tu ahora tenue presencia?

¿Es este el fin de la historia, puede existir una después de ello?

Anegas el mundo con estas, tus dudas llenas de ausencia presente, de lágrimas secas y de polvos de humedal; con desesperación buscas un nuevo armazón (un presente ajeno a los vahos intermitentes de voces ajenas) rasgando tu nombre, carraspeándolo, intuyendo que la magia radica en obtener de nueva cuenta el sonido iniciático, aquel que aún desbaratado y ensuciado en groseros labios ajenos servirá de algo, ¿te asemejas, entonces, a una deidad semítica inaccesible una vez que las ligas de la sustancia de tu cuerpo se anudan a sus letras dispersas?

¿Cuántas formas, cuántos símbolos arcanos fatigaste hasta cosechar la redención?

Antes llenaste el espacio de músicas, puzzles sónicos que te encaminaron a las pistas. Pasaste de cadencias recursivas a estridencias punk; procuraste agotar los cilios con ruidos disímbolos para reponer el encanto de tu voz

que, sin recuerdos ni formas ni matices, existe en y por sí misma en fogonazos eléctricos dentro de la casa vacía de un cerebro devanado (¡qué se joda el romance!, el corazón lo habita un genio tahúr de penas, proxeneta masoquista de sinsabores; el sentimiento, la emoción, son filmografías enteras de éter y galvanizaciones).

En verano aderezaste las miserias del olvido, preparando el camino supliendo las afinidades de tiempos perdidos con ésteres remezclados, aguados y volátiles unos, densos y ampulosos otros; meras quimeras pálidas de lo que fue y esperas (nunca) será.

~~Al final, sólo te queda el languidecer de estertores extáticos con plasticidad caramelo y contundencia de mármol, descansando los suplicios dentro del suplicio; cajas chinas casi de escapar, trampas de una celosa fe en castos ejércitos menores avituallados de pobreza que abatían los confines del encierro de un nombre, tu nombre; variaciones sobre un mismo tema, jaculatoria que inició con un latiguelo de ángel azul y termina tersa... Teresa:~~

~~Teresa~~

~~—Tere~~

~~—Tesa~~

Esa... Es.



## SÍNDROME DE CELENTÉREO

Arisandy Rubio García

México

NADIE SE PERCATÓ DE CÓMO ni de dónde llegó la bruma. Todo comenzó cuando Portugal se despertó con una neblina azulada que avanzaba en todas direcciones. El banco nuboso llegó rápidamente al Atlántico, tiñéndolo de un tono cobalto jamás antes visto. España fue privada del brillante sol que suele bañar las playas de La Coruña a diario, e impidió a la gente disfrutar de los paisajes habituales en Extremadura.

Europa fue cubierta en menos de un día. Le siguieron Asia y África. La niebla continuó por el mar hasta devorar toda Oceanía, sin excluir una sola de sus islas. Como era de esperarse, llegó a América, acercándose a tierras canadienses desde el este; en Sudamérica, fue el Cabo de São Roque quien la recibió. Así mismo, el océano Pacífico la condujo hacia Baja California, cubriendo el globo terráqueo en siete días.

Por supuesto, la bruma fue objeto de múltiples análisis para descubrir su origen y peligrosidad, cuestión que estuvo a cargo de la Doctora Teresa Roonfelt, especialista de la Universidad Nacional que salió a desmentir rumores infundados sobre toxicidad y agentes patógenos inexistentes.

"No", dijo tajante frente a las cámaras, "este velo azulino es un fenómeno natural desconocido, al que debemos enfrentar con la cabeza fría, evitando chismorreos de barrio y disturbios que pondrían gente inocente en riesgo. Confío sin lugar a duda en el juicio de cada ciudadano para que mantenga la calma y actúe con prudencia". Una vez aclarado el asunto, pasó a describir las características

del banco brumoso.

Para Teresa, ese era el meollo del asunto: una inexplicable nube de tonalidad añil, constituida por partículas de agua inofensivas. Nada existe sólo porque sí, todas las cosas en el universo tienen su razón y explicación de ser, esta no podía ser una situación distinta, pero ¿dónde estaba la clave? Al paso de los días resultó claro que la neblina había llegado para quedarse indefinidamente, y con ella, el horror comenzó.

Roonfelt volvió a su casa después de otro exhaustivo día de conferencias y rumores infundados. Luego de servirse un té, se puso cómoda en un sillón de orejas altas ubicado frente al ventanal principal. Frente a ella, el vaho azul fluctuaba como un fantasma, creando tentáculos que se enroscaban en los rosales. Al principio eran simples volutas de humo, no obstante, al pasar los segundos, se condensaron en una figura aplastada cuyos movimientos se caracterizaban por una hipnótica parsimonia.

Aquella criatura, nacida ante los ojos de la doctora, fue adquiriendo densidad mientras se acercaba al cristal de la ventana. Cuando estuvo pegada a él, Teresa encendió la luz y descubrió, horrorizada, las características del monstruoso ser. Parecía una medusa compuesta por una finísima membrana llena de líquido azul con dos gruesas extremidades en las que se asomaban bulbocidades parecidas a ojos de caracol. Hasta cierto punto, Roonfelt podría haber considerado a las circunstancias como buenas, sin embargo, de repente, los ojos del ser se abrieron por la mitad y una hilera de dientes quedó al descubierto. Acto seguido, comenzó a atacar el cristal produciendo chirridos insoportables. Presa del miedo, Teresa recogió los pies en el sillón y le fue imposible reprimir agudos gritos que se reprodujeron a modo de un eco por la ciudad,

cuando la bruma se convirtió en organismos espeluznantes por todos lados.

Por fortuna, los gritos surtieron un efecto salvador para la Tierra, pues sacaron de la pesadilla tanto a Teresa como a varios miles de millones de personas que despertaron bañadas en sudor, con el corazón desbocado e intentando recuperar el aliento.

Ese día no hubo conferencias. Un sueño colectivo tan vívido e idéntico desarrollándose por igual en Limerick, Irlanda, que en Rosario, Argentina, era inexplicable. Las anécdotas poblaron el internet y los programas de televisión, donde un puñado de celebridades contaba cómo se enfrentó a las anormales medusas azules. Al caer la noche, ninguna persona quería ir a dormir, ni siquiera Teresa Roonfelt, quien prefirió preparar su presentación del día siguiente para aceptar, sin rodeos, que los científicos no sabían qué estaba pasando.

Milagrosamente, la ojerosa mujer, pudo respirar un poco, ya que por la mañana numerosos países comenzaron a reportar la desaparición de la capa cerúlea en sus territorios. Aun así, varias investigaciones se realizaron y numerosos reportes se entregaron, dejando como versión oficial un contagio psíquico de histeria colectiva. Fuera aceptado o no por la ciudadanía, lo cierto fue que nunca se pudo explicar el suceso, y años después, algunas personas siguen experimentando pesadillas asociadas al síndrome de celentéreo, denominado como tal debido a que ese es el taxón parafilético de las medusas.





# TODOS SOMOS TERESA

vol. I

Se terminó de editar en septiembre de 2020, en el taller de  
©acto, en Iztapalapita, la bella, Ciudad de México.

Se utilizaron las tipografías de uso libre **Biko** y **Made  
Tommy**. Ninguna Teresa sufrió daños durante la  
realización de esta antología.

Ésta es una publicación sin fines de lucro.

